International BestSeller

# OFICINA
## cerrada



Un libro de la colección

Bing Brake

Un libro de

Dina Drake

# Oficina cerrada

2023
© Globex Editorial
MailBox 0475
Argleton, Lancashire, Angleterre.
.24 X 19 cm - 467N5467567-2
Profesional Daway 356GH45S | 22 / 356B465B3-346356B
Publicado por EDITORIAL GLOBEX
Traductor : D. TEODORO LLORENTE
3465456-235356-346457
Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, en cualquier forma, sin el permiso de los editores.
7ª edición

# PROLOGO

En los majestuosos corredores de la imponente torre de cristal que albergaba las oficinas de la empresa, la presencia del guapísimo Alexander Baldwin se había convertido en un fenómeno recurrente. Cada uno de sus pasos, marcados por una elegancia y determinación palpables, resonaba con una frecuencia intrigante, atrayendo la atención y la curiosidad de quienes lo observaban. Pronto, murmullos y miradas furtivas se centraron en su misteriosa presencia, generando una atmósfera cargada de anticipación y especulación. ¿Cuál sería el motivo tras sus frecuentes visitas a los despachos de la compañía? La respuesta parecía estar ligada a una figura igualmente cautivadora: Daisy Beard.

Daisy, con su innegable atractivo y su papel relevante en el funcionamiento de la empresa, había sido durante mucho tiempo una figura destacada en el entorno laboral. Sin embargo, todo cambió abruptamente cuando un vídeo comprometedor comenzó a circular entre los empleados. En las imágenes, capturadas por las cámaras de seguridad, se observaba un apasionado beso compartido por Alexander y Daisy en el estrecho espacio del ascensor. Aquella escena ardiente y enigmática se convirtió de inmediato en el principal tema de conversación en los pasillos, alimentando las especulaciones y susurros acerca de la verdadera naturaleza de su relación.

Para Daisy, aquel beso en el ascensor desencadenó una serie de eventos que transformarían su vida de manera irreversible. La presión de los rumores y la atención no deseada obligaron a la empresa a tomar una drástica decisión: poner fin a su empleo. Los chismes en la oficina pronto dieron paso a teorías descabelladas, pero ninguna de ellas podría haber anticipado la realidad de lo que sucedería después y cómo cambiaría la vida de ambos...

# CAPÍTULO UNO

— Entonces, tendrás terminado el informe a las tres. Fantástico.

Daisy se quedó inmóvil al escuchar esa voz masculina.

— Ningún problema — respondió, sin aliento, la secretaria con la que estaba hablando.

Daisy sabía que lo tendría a las dos como muy tarde. Alexander Baldwin, presidente de la corporación financiera Baldwin, iba deslizándose por los despachos y embrujando a sus enamoradas empleadas para que hicieran su trabajo mejor que bien.

Y ella era la última de una larga lista. No mirarlo era imposible. De hecho, seguramente ella era la única empleada cuyo trabajo sufría por culpa de Alexander Baldwin. La distraía de tal modo que no hacía ni la mitad de lo que debería hacer. Por una parte, desearía que se fuera para que su corazón latiese a un ritmo normal, pero por otra no quería dejar de mirarlo.

Era tan agradable a la vista que había estado pendiente de él toda la semana, esperando que bajase de la planta ejecutiva para hablar con sus empleadas, todas ellas tecleando como posesas para terminar trabajos que él había encargado. Carismático, seguro de sí mismo, Alexander Baldwin conseguía todo lo que quería, siempre. Y, según los cotilleos de la oficina, las mujeres eran su gran afición. Salía con muchas, siempre guapísimas y elegantes, chicas de la alta sociedad. Al parecer cambiaba de pareja a menudo y todas sus empleadas deseaban entrar en esa lista.

Daisy entendía por qué, pero no iba a admitir que a ella le pasaba lo mismo. Además, no podía perder el tiempo con obsesiones absurdas, pensó, mirando el reloj. Solo quedaban unos minutos para la hora de comer. Le gustaba su trabajo y, normalmente, las horas pasaban volando, pero tenía una misión. Además, algo en aquel sitio la ponía nerviosa. Bueno, él la ponía nerviosa. Estaba esperando que apareciese, como siempre, y ya que había aparecido esperaba... algo, aunque no sabía qué.

Incapaz de resistirse ante esa fuerza de la naturaleza, levantó la cabeza para volver a mirarlo. Qué tonta. Parecía una cría encandilada por un chico del instituto.

Tanta emoción para nada. Las otras secretarias le habían contado que, aunque salía

con mujeres constantemente, jamás lo hacía con empleadas.

Daisy lo vio charlando con una de las supervisoras. Era alto, de piernas larguísimas. Se había quitado la chaqueta y debajo llevaba una camisa de color azul pálido, con las mangas subidas hasta el codo.

Él se volvió en ese momento y la pilló mirándolo, sus ojos verdes aprisionándola.

Los ruidos de la oficina se esfumaron y su nerviosismo también, reemplazado por una extraña sensación de calor.

Él dio un paso adelante. ¿Iba a hablar con ella?

Alguien lo llamó entonces y él se dio la vuelta, con una sonrisa en los labios. Y, de repente, el calor, la tranquilidad, todo eso, desaparecieron.

Daisy sacudió la cabeza y soltó el aire que había estado conteniendo. Ridículo.

Y era una suerte que no se hubiera acercado, porque cuando la miraba era incapaz de formar un pensamiento coherente.

Era como si el cerebro se le hubiese apagado de repente. No entendía que las demás secretarias pudiesen trabajar cuando él estaba allí.

Solo quedaban unos minutos para la hora del almuerzo, de modo que tomó el bolso y se dirigió al ascensor. Siempre bajaba por la escalera, pero Alexander Baldwin estaba cerca de la escalera, y el instinto le decía que se alejase de él. Un instinto tan fuerte como el que la obligaba a no entrar en sitios pequeños y cerrados. Podía hacerlo, claro que sí.

Pero cuando llegó al ascensor y pulsó el botón, empezó a ponerse nerviosa. Contó hasta diez y esperó, intentando respirar. Solo era un ascensor, los empleados subían y bajaban miles de veces al día sin que pasara nada. La gente no se quedaba atrapada...

Daisy sintió un cosquilleo en la nuca. Ella no quería verse atrapada.

Intentó pensar en otra cosa para olvidarse del miedo. Si comía a la carrera tendría tiempo de ir a la biblioteca y entrar en Internet. La búsqueda era lo único que importaba.

Cerró los ojos mientras se cerraban las puertas. Tardaría unos segundos.

Era un miedo infantil, se decía.

Pero de repente oyó un ruido y cuando abrió los ojos las puertas se abrían de nuevo.

Alexander Baldwin.

— Volveré enseguida. Envíale a Lorenzo la lista de invitados, por favor. Y comprueba que esta vez los camareros sepan el número correcto de vegetarianos. No queremos que nadie se enfade. Ah, ¿y te importaría comprobar que Cara ha recibido el mensaje para lo del sábado?

El ascensor podría haber subido y bajado en ese tiempo, pensó Daisy, irritada. Por fin, él entró en el ascensor con una sonrisa en los labios.

— Lo siento.

¿Lo sentía de verdad o solo lo había dicho por cortesía?

¿Creería que tenía derecho a hacer esperar a otros, que su tiempo era más valioso que el de los demás? Ella solo tenía una hora para comer y debía aprovecharla, pero ese pensamiento, como cualquier otro, desapareció de su mente en cuanto las puertas del ascensor se cerraron.

Dio un paso atrás, rígida, apoyándose en la pared del ascensor. ¿Ese miedo no la dejaría nunca?

Él había apoyado la espalda en la otra pared, a su derecha. Y la miraba directa e intensamente.

Daisy intentó controlar la sensación de que las paredes iban encerrándola. Por suerte, los ascensores del edificio eran rapidísimos, pero la sensación de falta de oxígeno empezaba a marearla.

Por fin, él pulsó uno de los botones y el ascensor empezó a moverse mientras Daisy apretaba los dientes y una gota de sudor le corría por la espalda.

— ¿Te encuentras bien?

Ella no podía responder, estaba demasiado ocupada, intentando respirar.

Escuchó un ruido metálico y se puso tensa, más tensa aún. El ascensor se detuvo de golpe, descendió un metro y luego volvió a detenerse. Y el panel de botones no indicaba ninguna planta. Las puertas empezaron a abrirse y Daisy vio una pared de cemento frente a ella. Estaban entre dos plantas...

— Se solucionará enseguida — dijo él.

— No estoy preocupada — mintió Daisy.

Alexander Baldwin sonreía. Ella empezó a sentir náuseas y respiró despacio para calmarse. Los años de entrenamiento la ayudarían. Podía superar el miedo, podía respirar, se dijo a sí misma.

— No, claro, se arreglará enseguida — murmuró.

Le temblaban las manos, los labios. Su corazón también estaba temblando y no conseguía llenar los pulmones de oxígeno.

— Nunca hemos tenido problemas con estos ascensores.

— Seguramente lo ha confundido haciéndolo esperar tanto tiempo con las puertas abiertas — dijo ella, furiosa.

— Es una máquina, las máquinas no se confunden. Solo se confunde la gente.

Ella estaba confusa. Su cuerpo quería salir corriendo, su cerebro amenazaba con apagarse, su estómago deseaba expulsar lo que contenía...

— Eres nueva, ¿no? Te he visto en la oficina.

— Sí — murmuró Daisy, intentando contener el temblor de la voz.

Los ojos de Alexander Baldwin parecían más verdes que nunca mientras daba un paso adelante.

— Mi nombre es...

— Sé quién es — lo interrumpió ella.

— ¿Ah, sí? Entonces me llevas ventaja. Yo no sé quién soy.

La amargura que había en su tono le sorprendió de tal modo que, por un momento, olvidó que estaban atrapados.

— Es usted Alexander Baldwin.

Daisy volvió a mirar las paredes del ascensor, que parecían estar más cerca que antes. El miedo hizo que abriese la boca para respirar. ¿Estaban quedándose sin oxígeno? ¿Y eso que había salido de su garganta era un gemido?

— No tengas miedo, no va a pasar nada. Oye... — Alexander Baldwin le puso las manos sobre los hombros — . No pasa nada.

Daisy miró esos ojos verdes rodeados de largas pestañas oscuras. No podía ver nada más ni pensar en nada más.

Él miró su boca y Daisy, sin darse cuenta, se pasó la lengua por los labios.

— ¿Estás bien?

— ¿Qué?

— ¿Estás bien, cariño?

Qué curioso que una palabra pronunciada con un tono determinado pudiese cambiarlo todo.

Daisy levantó la barbilla mientras él la tomaba por la cintura.

— No va a pasar nada — repitió el presidente de la corporación Baldwin.

Y luego, despacio, muy despacio, dándole tiempo para apartarse, inclinó la cabeza hacia ella.

Pero Daisy no se apartó.

Sus labios eran firmes, pero no exigentes, al contrario, parecían esperar a que ella les diese permiso.

— ¿Lo ves? — murmuró después.

Daisy no dijo nada, pero de su garganta escapó un gemido cuando la levantó del suelo. Levantó las manos para agarrarse a la pechera de su camisa. Qué torso tan ancho, tan fuerte. Solo podía escuchar su propia respiración, rápida, entrecortada. Seguían mirándose a los ojos mientras él la apoyaba contra la pared del ascensor. Su corazón latía acelerado mientras intentaba tocar el suelo con los dedos de los pies, buscando algo sólido en lo que apoyarse.

Pero él volvió a besarla y no se apartó. Sus besos eran como una droga, y Daisy no podía moverse. Quería más...

Y él se lo dio. Su lengua deslizándose en el interior de su boca para enredarse con la suya. Era como sentir todas las cosas que más le gustaban a la vez.

Daisy le acarició el pelo, corto, oscuro, maravillosamente espeso, y los besos se hicieron más profundos, más ansiosos, enfebrecidos. Lo deseaba con todas las fibras de su ser, quería sentir su cuerpo encima del suyo. No era capaz de apartarse, no quería que terminase aquella sensación. Era como si se hubiera levantado un velo, revelando un deseo que no sabía que existiera en su interior.

Y el deseo de él parecía igualmente fuerte. La besaba en la cara y en el cuello hasta que sus labios conectaron de nuevo en un beso carnal, ardiente.

Él la apartó de la pared para ponerle una mano bajo el trasero y ella respondió automáticamente enredando las piernas en su cintura. Era grande, fuerte y duro. Un instinto básico, desconocido para ella, le hacía desear tocar su piel desnuda y empezó a tirarle de la camisa.

Él trastabilló un poco y Daisy notó que la apartaba para dejarla en el suelo. Y entonces

el propio suelo dio un salto.

El ascensor estaba moviéndose y las puertas empezaban a abrirse...

— Yo...

No tuvo oportunidad de decir nada más. Al otro lado había gente, empleados, clientes, secretarias, todos llamándolo.

— ¡Alexander!

Daisy sabía aprovechar una oportunidad. Sus piernas podían ser cortas, pero las movía rápidamente y, aunque sin aliento, la adrenalina hizo que reaccionase. Mientras salía del ascensor miró hacia atrás. Alexander estaba en medio del grupo de gente, con el ceño fruncido. La sonrisa había desaparecido de sus labios.

Y estaba mirándola.

Daisy apresuró el paso mientras sacaba el móvil del bolso. Llamaría a la agencia para que le buscasen otro puesto de trabajo. Besar al jefe no estaba permitido, pero no era eso lo que hacía que se moviera a toda velocidad, sino el miedo a ese deseo inesperado. Y a la verdad que había intentado ignorar desesperadamente: que había sido como estar en el cielo.

Alexander, tirado en un sillón de la sala VIP del aeropuerto, tomó un sorbo de café y de inmediato hizo una mueca. Sala VIP o no, seguía siendo café de aeropuerto.

Suspirando, miró su ordenador portátil. El salvapantallas llevaba veinte minutos escondiendo el informe que debería haber terminado, pero le resultaba imposible concentrarse cuando la distracción tenía tales curvas.

Debería estar trabajando o si no, debería estar pensando en la bomba que había lanzado Patricio la semana anterior y en las horrendas consecuencias del resultado de la prueba. Debería estar lidiando con eso y no disfrutando de una perversa fantasía, debatiendo cómo hacerla realidad. Pero esos minutos en el ascensor con la morena habían sido mágicos.

¿Desde cuándo besaba a sus empleadas en los ascensores de la empresa? Solo porque estaba nerviosa...

Le había parecido la única manera de distraerla y distraerse, pero esa irresistible atracción se había convertido en algo apasionado. ¿Cómo iba a conseguir que se repitiera?

El móvil le sonó y suspiró al ver el nombre en la pantalla.

— Hola, Lorenzo.

— ¿Dónde estás?

— En el aeropuerto.

— Últimamente, no estás nunca en casa.

Alexander suspiró.

— Lo sé. Estoy esperando el vuelo de vuelta.

Había organizado ese viaje cuando Patricio lo llamó por teléfono, después de años sin relación, para contarle la verdad. Al principio no quiso creerlo e insistió en hacer una prueba de ADN. Solo habían tardado veinticuatro horas en darle el resultado, el que él ya esperaba, y quería volver a Auckland. Tenía asuntos que solucionar y no era solo la pesadilla de la prueba de paternidad.

— Hay algo que tienes que ver — dijo Lorenzo entonces.

— ¿De qué se trata?

— Tienes que verlo. Te he enviado el enlace.

Alexander entró en su cuenta, abrió el email de Lorenzo e hizo una mueca... un vídeo de YouTube.

— No será uno de esos vídeos supuestamente graciosos, ¿verdad?

— No — respondió su amigo.

— ¿No será pornografía? — insistió Alexander.

— No, no lo creo. Míralo de una vez.

Alexander leyó el título: Encerrados, abrazados y apasionados. ¿No es el beso más ardiente que has visto nunca?

— Lorenzo, esto es pornografía.

— Míralo.

Alexander pulsó el enlace y esperó unos segundos hasta que el vídeo se cargó. Era una imagen en blanco y negro, pero reconoció enseguida el ascensor de su empresa. Alguien entraba en él... alguien no, ella. Y un segundo después, él mismo.

¿Pero cómo era posible...?

No recordaba esa horrible música de película porno. En los ascensores de la empresa no había música.

Cuando ocurrió, cinco días antes, todo estaba en silencio. Solo podía escuchar el sonido de su respiración, de modo que quien hubiera robado las imágenes había añadido la música.

En la imagen no se veía, pero ella temblaba como una hoja. El vídeo no tenía sonido, pero él sabía lo que habían dicho, por qué lo había repasado en su cabeza mil veces desde entonces.

Y conocía bien esa cara. Había salido de su despacho más de lo habitual para verla, con su brillante pelo negro, el flequillo demasiado largo y la ropa ancha que escondían sus curvas.

En cuanto la tocó, todo pensamiento racional desapareció de su cerebro. Era más sexy de lo que había esperado, sus curvas perfectas, devastadoras. Y esos preciosos ojos castaños cargados de desafío le habían parecido irresistibles.

Seguían pareciéndoselo.

Alexander parpadeó mientras miraba lo que había disfrutado unos días antes. Estaba de espaldas a la cámara, pero podía ver la cara de ella mientras la besaba. Tenía los ojos cerrados mientras le acariciaba apasionadamente los hombros, la espalda, el pelo. Y cuando envolvió las piernas en su cintura, su cuerpo reaccionó como lo hizo entonces: ardiendo, deseando tenerla más cerca.

Y entonces el maldito ascensor se puso en movimiento.

Todo había terminado demasiado pronto.

— Estás mirándolo, ¿verdad?

Alexander dio un respingo. Había olvidado que estaba hablando con Lorenzo. Había olvidado que estaba en un aeropuerto. Afortunadamente, era de noche y los demás pasajeros estaban cansados u ocupados como para prestarle atención.

— Lo han visto miles de personas — dijo su amigo.

Alexander leyó el primer comentario y sintió que le ardía la cara.

Se sentía como un adolescente pillado in fraganti.

— Ya veo.

— ¿Quién es la chica?

— No lo sé.

— ¿Cómo que no lo sabes?

— Es una empleada temporal, empezó a trabajar la semana pasada. No sé cómo se llama.

Lorenzo soltó una risita que no lo ayudó nada.

— Pues será mejor que lo averigües. Este vídeo lo ha visto todo el mundo.

— Lo dirás de broma.

— Ojalá fuera así, pero ya me lo han enviado tres personas distintas y uno de ellos es un colega de Hong Kong.

Alexander intentó contener su enfado. No necesitaba aquello y no lo merecía. Había sido un capricho, un momento de deseo incontrolable. Él jamás seducía a sus empleadas, pero aquello había sido una fuerza irresistible que lo había afectado como nunca. Y seguía afectándolo. ¿No era por eso por lo que era incapaz de concentrarse en el trabajo?

— ¿Qué diría tu padre?  — bromeó Lorenzo — . Tonteando en la oficina. Alexander, muy mal, muy mal.

Alexander pulsó el botón de pausa. No le había contado a Lorenzo lo que había descubierto. Las posibilidades de que el resultado de la prueba de ADN fuese erróneo eran tan pocas que ningún abogado en el mundo se atrevería a poner una demanda.

Samuel Baldwin no era su padre. Había sido su mejor amigo quien aportó los cromosomas. El mejor amigo de su padre, el tío honorífico, la figura del padrino. Había sido él quien le aconsejó cuando no sabía si quería entrar en el negocio familiar.

«Eres un Baldwin, lo llevas en la sangre». Patricio había mentido.

Lo había descubierto cuando Samuel se puso enfermo. Alexander ofreció su sangre para una transfusión, pero su grupo sanguíneo no era el que le correspondería por herencia genética. Su madre le había suplicado que no dijese nada, pero se negó a decirle quién era su verdadero padre y se había llevado el secreto a la tumba.

No podía preguntarle a Samuel para no amargar sus últimos años de vida, pero esa traición lo había dejado desolado y las preguntas sin respuestas lo atormentaban.

Patricio había sido el amante de su madre. Patricio era su padre. Tanto él como su madre le habían mentido durante años y nunca los perdonaría.

Tenía que resolver aquello.

Alexander esbozó una sonrisa amarga mientras miraba la imagen en el ordenador.

— Nos vemos en mi casa mañana por la tarde, Lorenzo.

Cortó la comunicación antes de que su amigo pudiese decir nada, mirando las manos de ella en su pelo, las piernas alrededor de su cintura...

Quería descubrir al culpable de la filtración y despedirlo de inmediato, pero eso empeoraría la situación. Tendría que consolarse con enviar un informe recordando las normas sobre el uso de Internet para los empleados.

Para ella no sería fácil soportar las miradas y las risitas de sus compañeros. ¿Cómo iba a protegerla?

Ni siquiera sabía su nombre.

# CAPÍTULO DOS

Daisy se preguntaba qué había hecho mal. Había trabajado allí durante una semana y hasta ese momento todo el mundo había sido amable con ella. Todos, salvo Alexander Baldwin, pero no estaba pensando en él. No quería pensar en los cinco minutos más locos de su vida. No lo había visto desde entonces. Alexander había desaparecido de la oficina.

Debería buscar otro trabajo, pero en ningún otro sitio le pagarían tan bien como allí, de modo que, avergonzada o no, tenía que quedarse.

Sus compañeros la miraban de una forma extraña y el número de gente que pasaba frente a su mesa... todos hablaban entre ellos en voz baja. No podían saber lo que había pasado entre Alexander Baldwin y ella en el ascensor. Él no se lo habría contado a nadie, ¿no?

Nadie podía saberlo. Estaban solos en el ascensor y apenas habían sido unos minutos... aunque no los suficientes para sus hambrientas hormonas. Y se habían apartado un segundo antes de que las puertas se abriesen, de modo que era absurdo ponerse paranoica.

Sin embargo, esas miradas... podía sentir las miradas de sus compañeros clavadas en ella, y eso hacía que pensara en Alexander Baldwin. Le habían contado que era un mujeriego, pero no sabía que fuese irresistible.

Claro que no todo era culpa de él. ¿No lo había mirado ella a los ojos con gesto de desafío? ¿No había dejado que la besara?

¿No había enredado las piernas en su cintura? Y había disfrutado de cada segundo, más de lo que hubiera creído posible. Y eso era aterrador. Desear así a alguien te hacía débil.

Daisy levantó la mirada. La jefa de recursos humanos, El Dragón, como la llamaban en la oficina, se dirigía hacia ella.

— Daisy, ¿puedes venir conmigo un momento, por favor?

Que la llamara por su nombre completo hizo que Daisy se sintiera culpable. Pero ella

no había hecho nada malo. Bueno, no había sido culpa suya del todo.

Allí ocurría algo raro, pensó, notando el silencio de sus compañeros. Nadie decía nada, nadie se movía. Todos estaban mirando.

— ¿Subimos en el ascensor? — el Dragón tenía un extraño un brillo en los ojos.

Pero no podía saber nada del ascensor, ¿no?

— Prefiero la escalera — respondió Daisy.

La jefa de recursos humanos sonrió. Había disimulado rápidamente, pero allí estaba. Luego nada, un frío silencio mientras subían por la escalera hasta la planta ejecutiva y más silencio en el pasillo, que se rompió cuando entraron en su despacho y cerró la puerta. No la invitó a sentarse siquiera.

— Lo siento mucho, pero la agencia de empleo se ha puesto en contacto con nosotros y, aparentemente, hay un problema con tu currículo.

— ¿Un problema? — replicó Daisy. — ¿Qué tipo de problema?

No podía ser su padre. Había pasado el informe de crédito en Australia: la policía había investigado y sabían que ella no tenía nada que ver con el robo de las tarjetas de crédito, que había sido una víctima más. Pero tal vez en Nueva Zelanda tenían leyes diferentes...

— No estoy segura del todo, tendrás que hablar con la agencia. Sin embargo, no podemos seguir teniéndote en nómina.

— ¿Qué?

No podía perder el trabajo. No le quedaba dinero en el banco y solo tenía cincuenta dólares en el bolso. No había ahorrado lo suficiente, pero se sentía tan sola y desesperada por encontrarlo...

— La agencia te pagará estos últimos días de trabajo — dijo la jefa.

Su tono era de despedida, implacable.

— ¿Ahora mismo?

— Sí, ahora mismo. Recoge tus cosas y márchate inmediatamente.

Daisy se dio la vuelta para salir del despacho, haciendo un esfuerzo para no temblar. Aquello no podía estar pasando.

Sencillamente, no podía ser. No había ningún problema con su currículo, estaba segura de ello. Deberían estar encantados con su experiencia... a menos que a alguien le

disgustase su presencia allí.

¿Alguien importante tal vez?

Se volvió de golpe hacia el despacho de la secretaria del presidente, una mujer de unos cincuenta años que parecía hacer guardia en la puerta.

— ¿El señor Baldwin está en su despacho? — le preguntó.

A pesar de su determinación, la voz le salió como un susurro.

— El señor Baldwin está fuera de la ciudad — respondió la mujer.

Las sospechas de Daisy crecieron.

— ¿Y cuándo volverá?

La secretaria levantó la cabeza, mirándola por encima de sus gafas.

— Creo que volverá esta tarde.

Y para entonces ella ya se habría ido.

Aquello no podía ser una coincidencia. Alexander Baldwin no quería sentirse avergonzado en la oficina. ¿Era eso? ¿Estaba intentando librarse de ella antes de que el asunto se complicase aún más? ¿Qué temía, que lo persiguiera como una loca?

Daisy se volvió hacia la escalera. Iría directamente a la agencia de empleo para aclarar las cosas. Necesitaba el dinero más que una conciencia limpia.

— Hola, Daisy —la saludó un joven empleado, con una sonrisa lasciva.

Nunca le había dirigido la palabra, pero vio que intercambiaba una sonrisa con otro. No tenía ni tiempo ni ganas de lidiar con tonterías. Llevaba menos de quince días en Nueva Zelanda, apenas le quedaba dinero y había perdido su trabajo. Y necesitaba saber por qué.

Tardó dos minutos en tomar la chaqueta y el bolso y apagar el ordenador.

La oficina estaba tan silenciosa que casi podía escuchar a sus ya ex colegas parpadeando... si no estuvieran todos mirándola con los ojos como platos. Algunos incluso se habían levantado de la silla para verla mejor. ¿Qué estaba pasando allí?

Le ardía la cara, pero aún podía caminar. Bueno, más bien correr y lanzarse escaleras abajo.

La agencia de empleo temporal estaba a diez minutos de allí, ella llegó en siete, con las mejillas rojas, sin aliento, intentando disimular la desesperación que la ahogaba.

— ¿Qué problema hay con mi currículo? — preguntó, en cuanto la hicieron pasar al

despacho.

— Hay un par de problemas — respondió la empleada, sin mirarla a los ojos — . Uno de conducta inapropiada.

— ¿Conducta inapropiada? ¿A qué se refiere? — Daisy frunció el ceño.

La mujer esbozó una irónica sonrisa.

— ¿Ha visto esto? — le preguntó, mientras giraba la pantalla de su ordenador.

Daisy apretó al asa de su bolso. ¿Por qué le enseñaba un video de YouTube? Guiñó los ojos al ver unas imágenes en blanco y negro...

No podía ser. ¡Eran ellos! Alexander Baldwin y ella, Daisy Beard, besándose en el ascensor de la empresa. Más que eso, tocándose, comiéndose el uno al otro.

Sintió que le ardía la cara de vergüenza. Tenía que ser una broma de mal gusto.

— ¿De dónde ha sacado ese video? — susurró.

— Nos llegó por e-mail. Creo que está circulando por todas partes desde ayer.

Eso lo explicaba todo.

La vergüenza ahogó la rabia que sentía hasta ese momento, pero no podía apartar los ojos de la pantalla. ¿De verdad había sido un encuentro tan apasionado? ¿Se había lanzado sobre él de esa manera? ¿Y de dónde salía esa música horrible? No recordaba ninguna música en el ascensor.

«No voy a llorar». «No voy a llorar».

— Pero esta no es la razón por la que no podemos buscarle otro puesto de trabajo.

— ¿Perdone?

— Esto ha sido un vergonzoso error, pero podría pasar con una simple advertencia.

Daisy asintió con la cabeza.

— La razón por la que debemos romper nuestro contrato con usted es que no hemos logrado verificar su expediente académico.

Ella tenía una referencia muy positiva del banco en el que había trabajado durante los tres últimos años, y eso era más importante que un expediente académico.

— Puedo llamar a mi universidad y pedir que se lo envíen por fax — sugirió.

— No hace falta. Seguiremos intentándolo nosotros, pero hasta que lo consigamos no podemos enviarla a ninguna otra empresa.

Fue entonces cuando Daisy lo entendió todo. No estaban intentando ponerse en contacto con la universidad, y aunque lo hicieran encontrarían otro obstáculo. Era el video en el que se besaba con Alexander Baldwin, lo demás era una excusa.

— Puedo ir a otra agencia de empleo — le dijo, intentando contener la rabia.

— Por supuesto que sí — asintió la mujer — . Pero podría encontrarse con el mismo problema.

Daisy volvió a mirar la pantalla. Miles de personas habían visto el video. Alexander Baldwin demostrando su legendaria fama de mujeriego con una empleada...

No le quedaba nada más que una salida digna. No iba a ganar esa batalla y lo sabía. Tenía que retirarse y preparar una estrategia.

Daisy entró en una cafetería y pidió un café solo. El dinero que tenía no le duraría ni una semana.

Su objetivo había sido trabajar mientras buscaba a Eli porque no quería esperar más para encontrarlo, pero tenía que comer y pagar el alquiler de una habitación. ¿Cómo iba a encontrar a Eli sin trabajo y sin dinero? ¿Cómo iba a cumplir la promesa que le había hecho a su madre? Le había contado el secreto cuando estaba a punto de morir y era lo último que podía hacer por ella. Quería cumplir esa promesa más que nada.

Y si lo encontraba, sería como recuperar una parte de su madre.

Llamó a otra agencia de empleo temporal, luego a otra... pero en cuanto decía su nombre la respuesta era: «Tenemos el cupo lleno».

¿Iba a tener que mudarse de ciudad para encontrar trabajo? Ni siquiera tenía dinero para el billete de avión y los mejores puestos estaban allí, en Auckland.

¿Y Alexander Baldwin?, se preguntó, furiosa. ¿Y su conducta poco ejemplar? Él había hecho que la despidieran. Él era el responsable de aquella catástrofe y estaba en deuda con ella.

Alexander Baldwin tendría que pagar.

— Kelly, ven un momento — Alexander giró el sillón cuando su secretaria entró en el despacho — . La empleada temporal que trabajaba en el proyecto Hunman...

No tuvo que terminar la frase porque la eficaz secretaria se había puesto colorada.

— ¿La empleada temporal?

— Bajita, morena, con melena — Alexander hizo una mueca. Debería haber averiguado su nombre — . Has visto el video, ¿no?

Kelly asintió con la cabeza.

— Ya no trabaja aquí.

— ¿Cómo que ya no trabaja aquí? Faltan meses para completar el proyecto — Alexander no podía mirarla a los ojos.

Kelly había trabajado con su padre antes que con él. Era leal a la empresa y no había ningún aspecto del negocio que no conociese. Cuando era niño solía darle papel y lápices para que pintase mientras esperaba. Se recordaba a sí mismo lanzando pelotitas de papel a los empleados... y la mirada severa de Kelly en ese momento no era muy diferente de la de entonces.

— Lo sé, pero han contratado a otra persona.

Alexander apretó los labios.

— Dile a Jo que venga a mi despacho.

Kelly desapareció y Jo, la directora de recursos humanos, llamó a la puerta de su despacho unos minutos después.

— La empleada que estaba trabajando en el proyecto Hunman, ¿dónde está? Tú sabes a quién me refiero.

— Sí, claro — respondió ella, claramente incómoda — . Ya no necesitábamos sus servicios.

— Pero has contratado a otra — Alexander había estado en la planta y se había llevado una decepción al ver que la morena que lo perseguía en sueños ya no estaba en su sitio — . ¿Por qué la has despedido? ¿Quién te ha dado autorización para hacerlo? ¿Y por qué razón ha sido despedida?

— En realidad fue la agencia de empleo que la envió. Llamaron para decir que no habían podido verificar su expediente académico y, por lo tanto, ya no contaban con ella

— ¿La han echado de la agencia de empleo?

Jo tragó saliva.

— Creo que sí.

Alexander tuvo que apretar los dientes para contener la rabia.

— ¿No han podido verificar su expediente académico? — repitió, airado — . ¿No teníamos referencia de algún banco en el que haya trabajado?

— Sí. Muy buenas referencias, además.

— ¿Entonces no tiene nada que ver con esto? — Alexander giró la pantalla de su ordenador y el rostro de la jefa de recursos humanos se volvió rojo como la grana — . No me digas que no lo habías visto. Todo el mundo lo ha visto, ¿no?

Asintió con la cabeza.

— Sí, creo que sí.

— Y la has despedido.

— Es una cuestión de la agencia que la envió. Su despido no tiene nada que ver con ese... incidente.

Alexander la miró, incrédulo. ¿Cómo que no? Ella no había hecho nada malo. No debería haber perdido su puesto de trabajo.

— ¿Sabes si tiene otro trabajo?

— No, no lo sé.

— Pues será mejor que llames a la agencia para averiguarlo. No iba a descansar hasta que lo supiera.

— Perdona, Alexander — Kelly entró en el despacho y cerró la puerta tras ella — . Hay alguien fuera que insiste en hablar contigo.

— ¿Quién es? No quiero interrupciones en este momento.

— Ya lo sé, pero es... ella.

— ¿Quién?

— La empleada temporal.

Alexander se quedó inmóvil.

— ¿Está aquí?

Kelly asintió con la cabeza.

— Muy bien, marchaos las dos. Espera, Kelly, ¿cómo se llama?

Ella lo miró por encima de sus gafas, su expresión tan severa como siempre.

— Deberías saberlo — respondió. Y luego salió del despacho.

Daisy estaba sentada al borde de la silla más cercana a la puerta. Se puso rígida cuando El Dragón salió del despacho de Alexander Baldwin, pero no la saludó cuando pasó a su lado. La secretaria personal de Alexander Baldwin se detuvo delante de ella.

— El señor Baldwin puede recibirla ahora mismo.

Daisy parpadeó de nuevo, intentando controlar los nervios, pero mientras la puerta se abría, durante un segundo pensó que preferiría morirse antes que hablar con él cara a cara.

Cuando entró en el despacho y lo vio, fue como si una mano enorme le apretase el corazón mientras abajo, en el vientre, algo se encendiese. Llevaba un inmaculado traje de chaqueta. No sonreía, pero seguía siendo guapísimo, y ella era tan tonta como las mujeres que caían a sus pies.

— Gracias, Kelly.

Daisy oyó que la puerta se cerraba. Estaban solos. Él no estaba tras el escritorio, sino de pie, en medio del despacho.

— Mi nombre es...

— Sé quién es.

Cuando sus ojos se encontraron supo que estaba recordando ese momento en el ascensor, cuando le dijo con amargura que sabía más que él.

— Por favor, siéntate.

Daisy parecía haberse tragado la lengua. Las frases que había ensayado mientras iba hacia allí se borraron de su cerebro. Muda, nerviosa, parecía una fan adolescente frente a su ídolo.

Y entonces miró la pantalla del ordenador. Estaba mirando el video. Tuvo que respirar profundamente para hablar con cierta tranquilidad.

— ¿Lo está pasando bien?

— ¿Qué?

— La película — Daisy señaló la pantalla del ordenador. Daisy se atragantó.

— ¿Cómo ha podido pasar?

— ¿Qué? — Alexander se sentó a su lado — . ¿El beso o la grabación?

Estaba sonriendo. Tenía la cara de sonreír, pero Daisy no estaba de humor y no iba a dejarse engatusar por esa sonrisa.

— La grabación.

— Hay cámaras de seguridad en todos los ascensores. Alguien lo vio y decidió que sería muy divertido colgarlo en YouTube. Al parecer, lo ha visto todo el mundo.

— Sí, el video del día — dijo ella, amargamente — . ¿Ha sido una broma pesada? ¿Lo ha hecho por diversión?

— Yo no he tenido nada que ver, te lo aseguro. Soy el presidente de una empresa importante y tengo cosas mejores que hacer con mi tiempo.

Ella aguantaba su mirada, negándose a dejarse intimidar.

— ¿Dónde ha estado estos días? — le preguntó.

— Fuera del país.

— Qué casualidad, ¿no? Fuera del país mientras una empleada es despedida y no puede encontrar otro puesto de trabajo en toda la ciudad.

— ¿Qué quieres que haga?

— Devuélvame mi puesto de trabajo.

Él negó con la cabeza.

— No, eso es imposible.

— ¿Por qué?

— ¿Crees que podrías seguir trabajando aquí sabiendo que todo el mundo está mirándote y pensando en el video? ¿Qué todo el mundo nos ha visto besándonos de ese modo?

Las palabras parecían una caricia. Daisy se movió, incómoda.

— Solo fue un beso, señor Baldwin. No tiene importancia.

Él enarcó una ceja.

— No puedes volver a la oficina.

Necesitaba ese trabajo.

— No es culpa mía y necesito este trabajo.

— Y yo te digo que no puede ser.

— ¿Sabe lo que es esto? Un despido improcedente, acoso sexual.

— Eso no fue acoso sexual — Alexander señaló la pantalla del ordenador — . Tú me devolviste el beso. Envolviste las piernas en mi cintura...

— Pero por culpa de ese video he perdido mi trabajo y lo necesito. Por culpa de ese video no puedo encontrar empleo en ninguna parte. El mundo de las agencias de empleo temporal es pequeño, se envían emails unas a otras... — Daisy se levantó — .

Ese estúpido beso me ha costado el puesto de trabajo. Es injusto y puedo demostrarlo. Contrataré a un abogado, a ver si puede demostrar en un juzgado que este no es un despido procedente.

Después de decir eso se dio la vuelta para salir del despacho. Abrió la puerta, pero él apareció por detrás y la cerró de golpe.

— No vas a irte sin darme la oportunidad de responder.

— ¿Cómo que no? Ya no trabajo aquí, no puede darme órdenes — replicó ella, intentando empujar el picaporte.

— Esto es lo que va a pasar: hablaremos y llegaremos a un acuerdo. No vas a irte de aquí hasta que hayamos encontrado una solución.

Daisy se volvió para mirarlo, airada. Estaba tan cerca que lo único que podía ver era la chaqueta del traje y su ancho torso bajo la camisa. Podía sentir el calor de su piel, pero debía superar la tentación de acercarse más.

— ¿Qué tipo de solución? — preguntó, echando la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos.

— Siéntate y te lo explicaré. Si quieres, puedo llamar a la jefa de recursos humanos para que nos acompañe.

— No será necesario.

Alexander sonrió.

— Mi secretaria, entonces.

— Los dos sabemos que si me pone la mano encima empezaré a gritar.

El rostro de Alexander Baldwin se iluminó de repente y su sonrisa era perversa.

— Gritando de horror, quería decir.

— Ya, claro — asintió él, como si fuera una loca a la que tuviese que seguir la corriente.

Daisy abrió la boca, pero antes de que pudiese replicar, él levantó las manos en un gesto de rendición, con una sonrisa irresistible en los labios.

— De verdad estaba fuera del país. Me fui la tarde de... nuestro encuentro en el ascensor. El viaje era inevitable, pero esperaba volver a verte. Quería hablar contigo. Acabo de descubrir que has sido despedida. Yo no sabía nada.

— ¿No lo sabía?

— No, el video sale de una grabación de seguridad. Aún no sé quién lo ha hecho, pero cuando lo descubra te aseguro que el responsable será despedido.

— Lo han visto miles de personas y en la agencia de empleo no quieren saber nada de mí. Bueno, dicen que no han podido comprobar mi expediente académico, pero yo sé que es una excusa. Gracias a usted no tengo trabajo ni posibilidades de encontrarlo. Estoy en un país que no es el mío y en el que no conozco a nadie y, de repente, me he convertido en la estrella de un video porno — Daisy lo fulminó con la mirada al ver que esbozaba una sonrisa — . ¿Le parece divertido?

— No, te aseguro que no.

— Por eso sonreía como un sátiro mientras miraba el video, ¿no? ¿Le parece una broma?

— No, no me parece una broma.

Estaban demasiado cerca y el instinto le decía que saliera corriendo, pero su proximidad despertaba otros «instintos». Solo podía ver esos ojos verdes...

Él miró su boca y Daisy sintió esa mirada como una caricia. Estaba recordando, como ella, y el deseo amenazaba con hacerlos perder el control.

Pero no iba a dejar que esa atracción destruyera su vida. No iba a perder la poca credibilidad que le quedaba, de modo que hizo un esfuerzo para dar un paso hacia la puerta.

— ¿De verdad no encuentras otro trabajo? — le preguntó él, con voz ronca.

— ¿De verdad cree que estaría aquí si tuviera otro trabajo?

Alexander Baldwin frunció el ceño mientras se acercaba a la ventana, dándole la espalda.

— Puede que tenga otro puesto de trabajo para ti, pero no aquí. No creo que ni tú ni yo nos sintiéramos cómodos — murmuró, volviéndose de nuevo hacia ella con expresión indescifrable — . Mira, vamos a hablar en otro sitio.

Abrió la puerta del despacho y le hizo un gesto para que saliera, pero Daisy vaciló. Ir a otro sitio tal vez no fuese buena idea, pero si él podía estar tranquilo, ella también. O al menos lo intentaría.

# CAPÍTULO TRES

Daisy iba un paso por detrás de Alexander mientras pasaban frente a su secretaria.

— Cancela todas mis reuniones, Kelly. Estaré fuera el resto de la tarde — le dijo.

— Muy bien — asintió ella sin hacer preguntas.

— ¿Dónde vives? — le preguntó él, sacando una tarjeta de seguridad para abrir la puerta del garaje.

Daisy le dio el nombre y la dirección de un hostal y Alexander frunció el ceño.

— No conoces Auckland, ¿verdad? Si conocieras la ciudad, sabrías que no es una buena zona.

Era la zona más barata y la más peligrosa.

Cuando llegaron al aparcamiento subterráneo abrió la puerta de su coche, elegante, deportivo, poderoso, como su propietario. Daisy subió al asiento del pasajero y unos segundos después se adentraban por las abarrotadas calles de la ciudad. Empezaba a llover y eso la desanimó aún más.

— En fin, yo... — empezó a decir él, martilleando con los dedos el volante. Daisy esperó, sorprendida por tan repentino ataque de nerviosismo — . ¿Cómo te llamas?

— ¿Perdón?

— Tu nombre — insistió él — . No sé cómo te llamas.

— ¿No sabe mi nombre? — repitió ella, atónita — . ¿Cómo es posible que no lo sepa?

— Nunca hemos sido presentados y tengo muchos empleados.

Daisy sacudió la cabeza, estúpidamente dolida. Lo único que quería era salir del coche y alejarse de él. Aquello era humillante. Había ido a su oficina porque no tenía adónde ir.

Pero enterrado debajo de todo eso estaba la diminuta esperanza de gustarle. Qué tonta. Aquello no había significado nada para él, tan poco que no se había molestado en averiguar su nombre.

— ¿Sabe una cosa, señor Baldwin? Me da igual el trabajo que pueda ofrecerme. No lo

quiero.

— Mira...

— Lo digo en serio. Puede dejarme en la esquina.

— Te llevaré al hostal — insistió él.

Parecía enfadado. En cualquier caso, ya casi habían llegado al hostal, de modo que bajó de un salto en cuanto detuvo el coche.

— No tiene que acompañarme, puedo entrar sola.

— Lo mínimo que puedo hacer es acompañarte a la puerta — Alexander miró el cartel del hostal, su ceño fruncido indicando lo que pensaba del establecimiento y de ella seguramente.

— Perdone, ¿es usted Daisy Beard? — la llamó la recepcionista.

Daisy se dirigió al mostrador, con Alexander a su lado.

— Sí, soy yo.

— Tiene que pagar por adelantado su estancia de la próxima semana. No es nada personal, pero hemos tenido problemas con gente que se marcha sin pagar y… en fin, no tenemos los datos de su tarjeta de crédito.

Porque Daisy no tenía tarjetas de crédito.

— Pagué en efectivo la semana pasada.

— Muy bien, puede pagar en efectivo, no es un problema.

Alexander era como una estatua a su lado, escuchando cada palabra. Qué horror. ¿De verdad tenía que presenciar aquella nueva humillación?

— Pues... es que estoy esperando que me paguen en la oficina.

La recepcionista frunció el ceño.

— Entonces, puede pagar por el día de hoy y el resto mañana.

— Sí, claro — Daisy asintió con la cabeza — . Gracias.

No podría pagar al día siguiente. Lo único que tenía era lo que llevaba en el bolso. Angustiada, notó una gota de sudor rodando por su espalda mientras le daba los pocos dólares que le quedaban. Aquello era una pesadilla.

Cuando se volvió, vio que Alexander estaba mirándola con gesto serio. ¿Habría visto los pocos billetes que llevaba en el monedero? Quería que se fuera. Las lágrimas amenazaban con asomar a sus ojos y tuvo que hacer un esfuerzo para levantar sus

defensas. No podía mostrarse débil.

— Gracias por traerme al hostal — le dijo, sin mirarlo a los ojos — . Siento haberle molestado en la oficina. Vamos a olvidar el asunto, ¿de acuerdo?

Alexander la vio alejarse con la cabeza alta, los hombros erguidos, pero iba prácticamente corriendo. Maldita fuera, no podía dejarla en ese apuro. Entró en la habitación tras ella e hizo una mueca al ver las literas.

— ¿Qué hace aquí? — exclamó Daisy — . No le he pedido que entrase conmigo.

Su maleta estaba en la litera de abajo, abierta. Podía ver un sujetador...

Aquello era peor de lo que había pensado. Estaba viviendo en una zona pésima de la ciudad, en una habitación que compartía con extraños. Y estaban a punto de echarle a patadas de allí porque, evidentemente, no tenía dinero.

Alexander se sentía responsable.

— Daisy , he escuchado lo que decía la recepcionista… Recoge tus cosas. No puedes quedarte aquí.

— Claro que puedo. Mire, sé que cometí un error al ir a verlo y también cometí un error el otro día, en el ascensor, pero puedo vivir con las consecuencias.

— Pues yo no — Alexander dio un paso adelante — . Recoge tus cosas, vamos a buscar otro sitio para ti.

— ¿Dónde?

Él apretó los labios. ¿Dónde? ¿Qué iba a hacer, llevarla a un hotel?

«Piensa, piensa». ¿Dónde estaba su mente despierta, la que encontraba soluciones a los problemas de inmediato? Pero no podía pensar porque seguía mirando aquel sujetador de encaje blanco y no dejaba de imaginar cómo le quedaría.

— A otro sitio.

— No puedo pagar otro sitio.

Y tampoco podía pagar aquel hostal. Podría ofrecerle dinero, pensó. ¿No sería lo mejor? ¿Por qué no le había dado un cheque en la oficina?

Estaba en deuda con ella.

— ¿Tienes algún amigo en la ciudad? ¿Conoces a alguien? Daisy levantó la barbilla.

— Llegué aquí hace dos semanas y me puse a trabajar enseguida. Lamentablemente, no he tenido tiempo de hacer amigos.

¿Por qué habría ido a Nueva Zelanda?, se preguntó Alexander. En fin, habría tiempo para averiguarlo. Lo que importaba en aquel momento era llevarla a algún sitio decente y seguro.

— Vamos.

— No pienso irme de aquí. Estoy perfectamente — respondió ella.

Tenía los pies tan firmemente plantados en el suelo como si esperase a que se la llevara a la fuerza.

Y Alexander estaba tentado de hacerlo, pero suavizó sus palabras con una sonrisa.

— Daisy , no tienes alternativa. No vas a pagar mañana porque no tienes dinero ni amigos a los que pedir ayuda; y no estás bien, porque si estuvieras bien no habrías aparecido de repente en mi oficina.

Pensó que iba a negarse, pero después de fulminarlo con la mirada se dio la vuelta y empezó a guardar las cosas en la maleta. Alexander tuvo que disimular una sonrisa. Tendría que aceptar su ayuda, quisiera o no. Y no quería, eso estaba claro.

Miró su reloj, sorprendido al ver lo tarde que era. Lorenzo estaría esperándolo, de modo que lo mejor sería llevarla a casa y, una vez allí, pensar qué iba a hacer con ella.

La verja de metal se cerró tras ellos y Alexander entró en el garaje, mirándola mientras se quitaba el cinturón de seguridad.

— A salvo por fin.

Sí, a salvo, pensó ella, irónica, mientras se cerraba la puerta del garaje. Estaba a solas con un hombre al que apenas conocía, pero al que había besado unos días antes. Sí, a salvo.

— Es su casa.

— Sí.

— No creo que sea buena idea.

— Tranquila — dijo él, llevándola por una escalera — . Quiero encontrar una solución a este asunto tanto como tú, y aquí podemos hablar tranquilamente.

— ¿De verdad tiene un trabajo para mí?

— Dai ...

— Daisy — lo corrigió ella.

No la habían llamado Dai en mucho tiempo. Ella era Daisy , un nombre de chico que se

había puesto con la intención de no ser interesante para los novios de su madre... hasta que su cuerpo empezó a cambiar con la pubertad. Entonces había tenido que recurrir a otras tácticas.

— Daisy — repitió él, poniéndose serio.

Ella lamentó haberlo corregido. Cuando lo pronunciaba con ese acento neozelandés sonaba más cálido y sintió un cosquilleo...

— ¿Todo bien? — escuchó otra voz masculina.

Daisy giró la cabeza. Había un hombre alto esperándolos al final de la escalera.

— Sí, todo bien — respondió Alexander.

— Hola, soy Lorenzo — se presentó el extraño.

— ¿Vive aquí? — le preguntó Daisy.

Alexander y Lorenzo se miraron.

— Te presento a Daisy Beard. Ocupará el sitio de Cara cuando pida la baja de maternidad.

Lorenzo abrió la boca y volvió a cerrarla mientras Daisy miraba de uno a otro, sin entender.

— Dile a Cara que le enseñe lo que tiene que hacer.

— Sí, claro, ningún problema. Y como Daisy va a quedarse aquí contigo, tú mismo puedes llevarla al almacén — Lorenzo miró de uno a otro con una sonrisa irónica — . Encantado de conocerte, Daisy. Nos vemos mañana.

# CAPÍTULO CUATRO

Daisy esperó hasta que la puerta se cerró antes de volverse hacia Alexander.

— ¿Qué trabajo es ese?

— Administradora de la fundación Whistle.

La fundación que patrocinaba la corporación Baldwin. Alexander era el presidente del consejo de administración. Lo sabía porque se lo habían contado otras secretarias.

— Lorenzo es el director y Cara, la administradora, está embarazada y necesita ayuda.

— ¿Es un trabajo remunerado?

Siempre había pensado que esos trabajos eran voluntarios, algo que hacían las señoras ricas con mucho tiempo libre.

— Sí, claro — respondió él.

— ¿En qué consiste?

— Tendrás que responder cartas, enviar información, estudiar solicitudes, mejorar la web. Pero sobre todo, recibirás muchas llamadas.

Ella había empezado como telefonista y le gustaba la interacción con el público.

— No creo que tengas ningún problema.

No tenía otra opción, pero debía admitir que en realidad estaba interesada en la oferta.

— Muy bien — respondió, cruzando los dedos para no estar cometiendo un grave error — . Gracias, señor Baldwin.

Alexander sonrió.

— Es hora de que me tutees, ¿no te parece? Ahora que hemos solucionado este asunto, vamos a tomar una copa.

Ella no podía negarse, no podía ser grosera cuando acababa de ofrecerle un empleo.

La casa era preciosa, un edificio de estilo tradicional a las afueras de la ciudad, con techos altos y grandes ventanales por los que entraba la luz a borbotones. Se acercó al ventanal para ver los últimos rayos del sol tiñendo las nubes de color naranja. No conocía bien Auckland, pero había esperado ver rascacielos. No esperaba aquel

hermoso jardín, que era como un bosque en miniatura, tan verde en medio del invierno y tan privado.

— Siéntate, Daisy.

— No me siento cómoda alojándome aquí.

— ¿Por qué no?

— Pues...

— Ya no trabajas para mí — la interrumpió él — . Técnicamente, Lorenzo es tu jefe — Alexander se pasó una mano por el pelo — . Siento lo que ha pasado, de verdad.

Era demasiado tarde para el numerito del arrepentimiento, Daisy no estaba dispuesta a creerlo.

— Tal vez la próxima vez deberías controlar tus hormonas. ¿Qué demonios pasó, era el día en el que besas a las empleadas temporales?

— No siento haberte besado. Nunca lamentaré esa experiencia. Sería un insulto si lo hiciera.

— Por favor... — Daisy apartó la mirada, sintiendo que le ardía la cara.

— Lo que siento es que todo el mundo haya visto ese video.

— A mí me dan igual los cotilleos de la gente. Pueden pensar lo que quieran, no me importa.

— A mí sí me importa, y siento mucho lo que han hecho en la agencia de empleo, pero esto es una solución — Alexander suspiró, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón — . ¿Dónde está tu familia, en Australia?

— No tengo familia. Mis padres han muerto.

— Lo siento.

De inmediato, Daisy lamentó habérselo contado. No quería compasión y, sobre todo, no quería recordar. No quería que se le encogiera el corazón cada vez que pensaba en su madre...

— Sé que tu padre murió el año pasado.

Alexander frunció el ceño, pero su expresión era indescifrable.

— ¿Has estado investigando?

— Me lo contaron en la oficina, no tuve que preguntar. Hablan mucho de ti.

— ¿Tú también hablabas de mí?

— No tengo tanto interés.

Él soltó una carcajada tan alegre que Daisy tuvo que sonreír también.

— Yo no suelo estar aquí. Viajo mucho y estaría bien que alguien cuidase de la casa. Puedes quedarte una semana o dos y ahorrar algo de dinero para alquilar un apartamento. Es la mejor solución. Apenas nos veremos.

Ella lo pensó un momento. ¿Qué era lo que la preocupaba, su atracción por él? Si viajaba mucho y no tenían que verse, eso no sería un problema. Además, Alexander no iba a lanzarse sobre ella después de lo que había pasado. Según él, no lamentaba haberla besado, pero no le había pedido otro beso ni parecía interesado. Era un poco decepcionante, pero solo quería ayudarla porque se sentía responsable.

— Bueno, ¿entonces trato hecho? — Alexander le ofreció la mano.

Daisy la miró. No tenía nada que perder y todo que ganar.

Podría trabajar sin preocuparse de tener un techo sobre su cabeza y, sobre todo, buscar a Eli.

Le estrechó la mano.

— Gracias.

Pero al sentir un chispazo desde el brazo hasta el hombro se dio cuenta de que no debería haberlo tocado. Aquel hombre era un peligro, la atracción demasiado poderosa. Alexander Baldwin la excitaba como no lo había hecho nadie.

— ¿No quieres saberlo, Daisy?

— ¿Saber qué? — preguntó ella, asustada. ¿Había dicho algo en voz alta sin darse cuenta?

— Qué hubiera pasado si no nos hubieran grabado. Que habríamos hecho después.

— No habría pasado nada. Fue un momento de locura, nada más.

— Pareces muy segura.

— Lo estoy.

— Pues yo creo que habría ocurrido algo más — dijo él entonces, dando un paso adelante — . Algo muy placentero.

De modo que no era solo ella, pensó. Pero se mantuvo firme.

— Siento decepcionarte, pero no voy a ser tu próxima amante.

— ¿Ah, no? — murmuró él, con un brillo travieso en los ojos.

— Voy a ser tu compañera de piso y hay una regla entre compañeros de piso, ¿no?

Alexander se quedó mudo y Daisy aprovechó la oportunidad para soltarle la mano. Pero era una victoria pírrica, porque había mentido. Le hubiera gustado saber qué habría pasado después.

— ¿De verdad no voy a ser una molestia?

— ¿Por qué ibas a serlo?

— ¿Con quién saliste el viernes por la noche?

— Con nadie — Alexander se encogió de hombros — . Estaba en Sídney, trabajando.

— ¿Y el viernes anterior?

Él vaciló durante un segundo.

— Pues...

— Con una mujer, seguro. Y el viernes anterior saliste con otra diferente.

— Sí, es cierto.

— Y te acostaste con ellas.

— No...

— Al menos les darías un beso de buenas noches.

— Sí, eso sí.

Y ella sabía cómo eran sus besos.

— ¿Y no crees que te será incómodo hacer tu vida teniéndome aquí?

Tenía que hacerle ver que un hotel era la mejor opción. Alojarse allí hacía que se sintiera tan inquieta como una adolescente y no sabía si podría mantener el control estando a solas con él.

— ¿Sabes una cosa? Tienes razón — dijo Alexander entonces — . Sería un poco incómodo traer aquí a alguien... así que tú puedes salir conmigo mientras estés aquí.

— ¿Qué?

— Tengo que acudir a muchos eventos y necesito una acompañante. No hay ninguna razón para que no seas tú.

Daisy abrió la boca, pero él le puso un dedo en los labios.

— Tengo que acudir mañana a una cena de etiqueta. ¿Te apetece ir conmigo?

— No — respondió ella.

Aquello no debería estar pasando. Él ni siquiera se había molestado en averiguar su nombre.

— Pensé que a todas las mujeres les gustaban las cenas elegantes.

— A mí no.

— Pues tendré que hacerte cambiar de opinión. Las cenas con baile pueden ser muy divertidas. Por cierto, ¿tienes algo que ponerte? Si no, podemos ir de compras mañana.

Daisy puso los ojos en blanco.

— Por favor, no te pongas en plan Pretty Woman. Claro que tengo algo que ponerme.

— Genial, entonces ya está — Alexander se dio la vuelta, con una sonrisa traviesa — . Ah, una cosa.

— ¿Qué?

— ¿Y tú? ¿Con quién saliste el viernes pasado?

— Con nadie.

— ¿Y el viernes anterior?

— Con nadie.

— ¿Tienes novio?

— Eso es cosa mía.

— Tú me has preguntado y yo también puedo hacerlo, ¿no? Si vas a ser mi acompañante...

«Acompañante» no era la palabra adecuada, tenía connotaciones que no le gustaban. Eso y la oferta de ir de compras la pusieron en alerta. Ella no era el juguete de nadie. Prefería jugar, no que jugasen con ella.

— No tengo novio, pero salgo con unos cuantos para entretenerme de vez en cuando. Nada serio, me gusta la variedad — respondió — . Ya sabes — añadió, con tono conspirador.

— ¿De vez en cuando? ¿Solo de vez en cuando? Entonces es lógico que ardieras entre mis brazos.

Daisy abrió la boca para replicar.

— ¿No crees en el amor?

Ella dio un paso atrás.

— No creo en el amor, en el romance, ni en las relaciones. Y desde luego no creo en el matrimonio.

— ¿Una mujer libre?

— Absolutamente —afirmó ella—. E independiente.

Su objetivo era pasarlo bien y dejar el horror de las relaciones para otros. Aunque aún no lo había hecho. Por el momento solo era una teoría. Tenía algo más importante en lo que concentrarse y no quería distracciones de ningún tipo.

— ¿No crees que pueda pasarte? ¿Una mirada, amor a primera vista?

— Nunca, jamás. Y tú tampoco, no me vengas con historias — respondió ella.

Alexander Baldwin era un playboy y lo tenía todo para serlo: atractivo, sentido del humor, dinero, poder.

— En el amor no, pero el deseo es otra cuestión —Alexander inclinó a un lado la cabeza, como para estudiarla desde un ángulo diferente—. ¿Por qué te cuesta respirar? ¿Algún problema?

— No me gustan los sitios cerrados.

— La casa no es enorme, pero tampoco es precisamente un sitio cerrado.

— No me gusta sentirme atrapada.

— No estás atrapada —replicó él, con calma. Y luego, de repente, la tomó entre sus brazos—. Pero ahora sí. Daisy intentó apartarse.

— Cuidado, soy cinturón negro de taekwondo.

— ¿No me digas?

Alexander la apretó un poco más y, cuando intentó apartarse de nuevo, solo consiguió que sus pechos se aplastaran contra el torso masculino, estimulando sus pezones.

— Bueno, no, pero he tomado clases de defensa personal — Daisy intentó apartarse una vez más.

Pero también él debía tener algún tipo de entrenamiento, porque era como intentar mover una pared. La adrenalina, la emoción, el reto, la anticipación, la debilitaban y tuvo que hacer un esfuerzo para no rendirse.

— No vuelvas a hacer eso —le advirtió él cuando intentó golpearlo con la rodilla entre las piernas.

— ¿Por qué no?

— Porque lo único que consigues es excitarme. Y tú también estás excitada. Lo deseas tanto como yo.

Daisy se quedó atónita ante tanta arrogancia, pero no podía negar ese cosquilleo entre las piernas. Nerviosa, se mordió los labios, casi podía aullar de deseo.

— ¿Quieres que nos peleemos? ¿Te gusta rápido y brusco? Porque también puedo hacer eso. Pero dime contra quién estás luchando, Daisy. ¿Soy yo o eres tú misma?

— ¡Serás arrogante!

— Sí — Alexander rio — pero se trata de sexo. Solo es una diversión y tú ya sabes lo increíble que puede ser.

Era un hombre muy fuerte y podría con ella, pero Daisy contaba con el elemento sorpresa y lo hizo trastabillar de una patada, enviándolo al suelo. Él le agarró un tobillo antes de que pudiera apartarse y se quedó sin aliento mientras caía sobre su torso. Alexander giró de repente, colocándose encima. Era pesado, duro... y un escalofrío la recorrió entera.

— Podría ganarte si quisiera — insistió Daisy.

— Seguro que sí. Si quisieras — Alexander le deslizó una mano por el costado.

— Apártate, pesas mucho.

No tenía ningún miedo, pero estaba desesperada por negar la reacción de su cuerpo. Era como si sus huesos se derritieran de deseo.

— De eso nada — murmuró él, apartándole el pelo de la cara — . No quiero apartarme.

— Pero yo sí quiero que te apartes.

— ¿Ah, sí? — Alexander seguía rozando sus pechos, acariciando un pezón con el pulgar — . ¿No quieres saber nada de esto?

Daisy tuvo que contener el deseo de arquear la espalda para apretarse contra él, rogándole a sus caderas que no se movieran hacia delante. Clavó los dedos en la alfombra, pero el calor la ahogaba. No era su peso lo que la dejaba sin respiración, sino la pasión que había entre ellos. La sentía en cada centímetro de su cuerpo.

— No creo que sea buena idea — murmuró, bajando la mirada — . Mi vida ya es bastante complicada ahora mismo.

Se quedaron en silencio, inmóviles, soportando la deliciosa tortura de la tentación.

— La mía también — dijo él, antes de apartarse — . Voy a buscar tu maleta.

En cuanto desapareció, Daisy intentó recuperar el control y sacudirse una punzada de desilusión.

Alexander volvió al salón unos minutos después con su maleta y señaló la escalera. Una vez arriba, se detuvo frente a una puerta.

— Este es tu dormitorio. Tienes un cuarto de baño solo para ti.

— ¿Dónde está tu habitación?

Él esbozó una sonrisa.

— ¿Quieres verla?

— No, solo quiero comprobar que está lejos de la mía.

— El mío está en el piso de arriba. De modo que dormiría lejos de ella.

Alexander entró en la habitación y Daisy entró tras él. Los dos se quedaron como estatuas. Pero dos órganos vitales de Daisy estaban en guerra. Cuando estaban tan cerca solo podía pensar en volver a besarlo y hacer mucho más que eso.

¿Por qué no? Le preguntó una vocecita.

Porque ella era hija de una madre susceptible a las emociones, y esa era una debilidad imperdonable. Había visto cómo los demás se aprovechaban de la debilidad de su madre... y cuando ella por fin le abrió su corazón a alguien, se lo habían pisoteado. La independencia y la cabeza fría eran lo más importante.

Había aprendido a defenderse, siendo desafiante, irónica, incluso sarcástica. Pero estando a unos centímetros de Alexander, tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantener el control.

Él y salió de la habitación sin decir una palabra.

# CAPÍTULO CINCO

Daisy no había podido pegar ojo hasta el amanecer, pero se levantó de un salto en cuanto sonó el despertador, se arregló un poco el pantalón del pijama y bajó a la cocina en busca de una taza de café.

Alexander, con otro estupendo traje de chaqueta, estaba sentado a la mesa, comiendo una tortilla mientras leía el periódico y escuchaba la radio.

— Buenos días — la saludó, mirando el pijama de cerditos rosas.

Daisy mantuvo la cabeza bien alta. El pijama era indefendible.

— Buenos días.

— ¿Quieres una tortilla? Tardo un minuto en hacerla.

— No, gracias — Daisy le dio la espalda a la ventana, por la que el sol entraba a raudales.

— ¿No te gusta madrugar?

No le gustaba cuando apenas había pegado ojo y el poco rato que había dormido había tenido un sueño erótico.

Él alargó la mano para apagar la radio.

— ¿Un cuenco de cereales? Hay muchos en la alacena.

— ¿Tienes café?

Alexander se levantó.

— ¿Solo o con leche?

— Lo más fuerte que tengas.

Mientras él pulsaba los botones de una cafetera modernísima, Daisy miró la alacena. Era grande, no solo un espacio con un par de estanterías.

— ¿No hay nada que te apetezca? — insistió él.

Daisy tomó la taza que le ofrecía.

— No tengo apetito.

— Mi empleada te hará lo que quieras. Solo tienes que dejar una nota en la nevera.

— ¿Tienes una empleada de hogar?

— Limpia, plancha, hace la cena y es muy discreta.

Daisy se dejó caer sobre una silla.

— Lo último es lo más importante, ¿no?

Alexander enarcó una ceja.

— Creo que necesitas comer algo.

Ella tomó un sorbo de café y cerró los ojos, intentando que su cerebro volviese a funcionar. Cuando volvió al mundo de los vivos, Alexander había metido en el tostador una rebanada de pan y estaba untándola con crema de queso y colocando dos trocitos de salmón encima.

Daisy se quedó mirando. Le gustaba verlo moverse por la cocina...

— Es para comer — dijo Alexander, empujando el plato hacia ella.

— Gracias. Sabía divinamente.

— ¿Quieres que llame a un estilista para esta noche?

— ¿Un qué? — Daisy estuvo a punto de atragantarse.

— Ya sabes, una persona que te peine y te maquille.

¿Creía que necesitaba una persona que la maquillase y la peinase? ¿Por qué? ¿No estaba a la altura? ¿No era lo bastante atractiva como para ser vista con el presidente de la corporación Baldwin? ¿No era lo bastante elegante y refinada? Dolida, dejó la rebanada de pan en el plato. Había perdido el apetito.

— ¿De verdad quieres que vaya contigo esta noche?

— Nada me apetece menos que acudir a una cena, pero he prometido asistir y no quiero que haya una silla vacía a mi lado — Alexander puso una mano encima de las suyas.

— Pero crees que necesito un estilista.

— Mi madre no salía de casa sin llamar a su estilista personal. Es algo a lo que estoy acostumbrado, no era un comentario sobre tu aspecto.

¿Su madre tenía un estilista en nómina? Vaya, los ricos vivían en un universo diferente. Pero no quería perderse en fantasías y empezar a pensar que cosas así eran normales. No quería hundirse más en el mundo de Alexander Baldwin.

— Creo que podré hacerlo sola — Daisy se aclaró la garganta — . Además, con mi pelo no se puede hacer mucho. Era tan espeso que debía cortárselo dos veces al mes, pero no había podido hacerlo últimamente y llevaba el flequillo demasiado largo. Otra razón para ganar dinero de inmediato.

Alexander apartó el flequillo de su cara y sonrió, mirando el pijama.

Su sonrisa hacía que se le encogiera el estómago. ¿Por qué llevaba un traje de chaqueta? ¿Y por qué estaba ya afeitado? Era demasiado temprano. ¿No debería estar despeinado, con ojeras? ¿No debería estar en la cama?

— Será mejor que suba a ducharme — dijo, levantándose — . No quiero llegar tarde el primer día.

El almacén era impresionante. Al parecer, Lorenzo era un experto en vinos y había cajas con botellas por todas partes. Además de una bonita zona de recepción, una oficina y una sala de catas.

— Cara, te presento a Daisy — dijo Alexander.

La mujer que estaba tras el escritorio, de pelo corto y facciones de duende, le ofreció una amplia sonrisa.

— Encantada.

— Lo mismo digo.

— La dejo contigo. Cuida bien de ella — se despidió Alexander.

Daisy no sabía qué había querido decir con eso, pero desapareció antes de que pudiese preguntar.

— Será estupendo tenerte a bordo — dijo Cara alegremente — . Siempre hay muchas cosas que hacer y no me da tiempo a terminar nada.

Y era cierto. A Daisy le daba vueltas la cabeza mientras la llevaba de un lado a otro, explicándole su rutina diaria. Aquella mujer era una máquina llena de energía, efervescente y con gran sentido del humor.

Fue su sombra mientras le explicaba todo al detalle. Era fascinante, pero había una pregunta que no se atrevía a hacer: ¿de cuántos meses estaba embarazada? Porque no se le notaba el embarazo. De hecho, su abdomen parecía más plano que el suyo. Pero esa era una pregunta demasiado personal y, además, era su primer día. Solo estaba allí para trabajar y recibir un cheque. El resto no era asunto suyo.

Alexander volvió a mirar el reloj por enésima vez. Llevaba horas detrás de su escritorio,

incapaz de concentrarse en el trabajo. Aquel día no había ido planta por planta. No tenía sentido si ella no estaba allí.

Debería estar encantado consigo mismo. La situación de Daisy había sido resuelta y podía concentrarse en lo que era verdaderamente importante: decidir qué iba a hacer y si tenía derecho a ser el presidente de la corporación.

Pero su cerebro estaba atascado. Si pensaba en ella y en las cosas que le gustaría hacerle, se excitaba sin remedio. Pero no la había llevado a su casa para acostarse con ella en cuanto tuviese oportunidad. Claro que su cuerpo parecía tomar decisiones propias y le encantaba tocarla en cuanto era posible.

Y a ella también le gustaba. No podía negarlo. Estaba en su mirada, en sus reacciones, aunque intentase disimular. Pero no podían hacer nada, y eso lo volvía loco.

La vida de Daisy era muy complicada en este momento, y en parte por su culpa, de modo que sucumbir al deseo era imposible. Además, él quería una compañera entusiasta, y hasta que ella diese un paso adelante, tendría que esperar.

Y eran compañeros de piso, como ella misma le había recordado. Él no se liaba con empleadas, y tampoco iba a hacerlo con alguien que vivía en su casa.

En realidad, no debería haberla llevado allí.

El teléfono sonó en ese momento y al ver el nombre de Patricio en la pantalla, no contestó.

¿Qué esperaba, volver a su vida de repente y decir: «Ah, por cierto, soy tu verdadero padre, vamos a ser amigos»?

Podía quedarse en Singapur, donde tenía su lujosa casa, una legión de criados y montones de mujeres. Y si su conciencia lo molestaba, peor para él. No tenía intención de ponérselo fácil.

Alexander respiró profundamente. Estaba demasiado enfadado y prefería canalizar su energía de otro modo. Inquieto, jugó con su bolígrafo, preguntándose qué estaría haciendo ella.

Tal vez charlando con Lorenzo. Lorenzo era un tipo atractivo que gustaba mucho a las mujeres...

Alexander tiró el bolígrafo sobre la mesa y tomó el teléfono. Su amigo, convertido en enemigo de repente, respondió de inmediato:

— ¿Sí?

— ¿Cómo está?

— No lo sé, imagino que bien.

— ¿No has ido a echar un vistazo?

— Tengo trabajo que hacer. ¿Quieres que te la pase?

— No, no hace falta. ¿Por qué no has ido a ver si necesita algo?

— ¿Crees que soy tonto? No pienso acercarme a la nueva amante de mi amigo.

— No es mi amante.

— Es una cuestión de tiempo  — Lorenzo soltó una carcajada y Alexander suspiró.

¿Podía respirar tranquilo? Sí, como si eso fuera posible, cuando tenía una tentación con piernas viviendo en su casa.

Salió de la oficina para comer y paseó por las calles, llenas de exclusivas tiendas, una idea le daba vueltas en la cabeza. Una hora después, sin molestarse en volver a la oficina, subió al coche y fue al almacén a buscarla.

Lorenzo estaba hablando por teléfono y lo saludó con la mano, haciéndole un gesto para que entrase, pero Alexander oía la voz de Daisy al otro lado del pasillo... parecía estar hablando por teléfono y se quedó en la puerta para no interrumpir.

— Pero es mi hermano. ¿Eso no cuenta?

Ah, era una llamada personal. Alexander se quedó inmóvil. No debería estar escuchando. La última vez que lo hizo había perdido la inocencia al descubrir que su madre tenía una aventura con otro hombre. Estaba tan enfadado con ella, le faltaba tanto al respeto, que Samuel lo envió a un internado. Y la ceguera del hombre al que creía su padre, al que quería como a un padre, lo había enfurecido aún más.

De modo que, sabiendo lo que pasaba cuando uno escuchaba detrás de la puerta, debería alejarse, pero sus pies no se movían del suelo.

— Pero nuestra madre ha muerto. ¿Cómo va a firmar una solicitud si...?

Alexander la oyó suspirar.

— ¿Pero cómo voy a encontrarlo si no me da la información que necesito? Ahora mismo estoy en Auckland... ¿y si fuera a su oficina?

Un nuevo suspiro.

Tenía la cabeza inclinada, el flequillo le escondía los ojos. Por su aspecto, la respuesta

que había recibido era otra negativa.

— ¿No hay otra manera de encontrarlo? He colgado mensajes en Internet... — Daisy se quedó callada un momento — . Sí, lo entiendo. Gracias por atenderme.

Después de colgar el teléfono, enterró la cara entre las manos y Alexander se irguió, contando hasta diez antes de entrar.

— ¿Nos vamos?

Ella levantó la cabeza.

— Ah, hola. No sabía que estuvieras aquí. Se había ruborizado.

— Acabo de llegar.

— Estaba usando el teléfono, pero era una llamada local.

— Puedes usar el teléfono cuando quieras — dijo Alexander.

Se moría por preguntarle cuál era el problema, pero ella se levantó y empezó a ponerse la chaqueta.

Estaba dispuesto a esperar, pero descubriría cuál era el problema costase lo que costase.

Daisy no dijo nada hasta que estuvieron sentados en el coche.

— ¿No habías dicho que Cara estaba embarazada?

Alexander hizo una mueca. Debería haber esperado aquello.

— Lo está.

— Pero no va a dar a luz en unas semanas, ¿verdad?

— No — respondió él — . Más bien en siete meses o algo así. Pero sufre náuseas matinales — añadió, asombrado de su ingenio — . No digas nada. Cara es muy discreta y no quiere que pensemos que no puede hacer su trabajo.

Daisy asintió con la cabeza.

— Claro, lo entiendo. ¿Y es por eso por lo que solo trabaja a tiempo parcial?

— Sí — respondió él.

Mentir estaba bien cuando uno quería ayudar a alguien, ¿no?

— ¿Estás lista? — gritó Alexander.

Daisy se miró al espejo por última vez, lamentando no haber aceptado el estilista que Alexander le había ofrecido.

El vestido estaba bien. Era de buena calidad y le quedaba perfectamente.

Alexander no estaba en el vestíbulo, de modo que fue a la cocina. Estaba de espaldas a ella, con un esmoquin perfecto hecho a medida, italiano, carísimo. ¿Podía alguien tener los hombros más anchos?

Entonces se dio la vuelta y la miró, boquiabierto. Era una suerte haber guardado ese vestido en la maleta.

— ¿De dónde lo has sacado? — Alexander tragó saliva.

— Lo hizo mi madre — Daisy se aclaró la garganta — . Era modista.

— Y muy buena.

— Sí, lo era. ¿Nos vamos?

Alexander dio un paso hacia ella.

— Tengo algo para ti — le dijo, metiendo una mano en el bolsillo de la chaqueta — . Para apartarte el flequillo de los ojos.

Daisy miró el objeto que tenía en la mano y luego lo miró a él.

— No voy a ponerme eso.

— Solo es un prendedor de pelo.

No era solo un prendedor de pelo, era una obra de arte. Ella no tenía dinero, pero no era tonta y sabía que solo los diamantes brillaban de ese modo. Era un lirio de oro con pétalos de diamantes y otras piedras de color amarillo. Era precioso, el tipo de objeto femenino que ella adoraba en secreto. ¿Cómo podía haberlo sabido? No iba a negar que estaba encantada, pero no podía ponérselo.

— ¿De dónde lo has sacado? Nunca he visto nada parecido.

Alexander lo levantó para mirarlo a la luz.

— Era un broche, pero he hecho que lo convirtieran en un prendedor.

— ¿Cómo?

— Lo llevé a la joyería.

No se había equivocado y no pensaba aceptar nada tan caro.

— Alexander, yo...

Él dio otro paso adelante. Estaba tan cerca que podía oler su colonia masculina, un aroma que parecía embotarle el cerebro. Alexander le sujetó la cara con una mano y con la otra le puso el prendedor. No se movió después de hacerlo. Bajó las manos,

pero no se movió. Ella levantó la mirada. Sus ojos parecían más verdes que nunca y estaba sonriendo, como si supiera cuánto le gustaba tenerlo tan cerca.

— Te queda muy bien.

Alexander se apartó entonces porque necesitaba espacio para respirar, pero no podía dejar de mirarla. Había visto muchos vestidos negros de noche. Escotados, con tirantes, con mangas, sin ellas, con lentejuelas, de terciopelo, de satén. Los había visto moverse y arrugarse. Había ayudado a bajar la cremallera y había visto muchos caer al suelo.

Pero nunca había visto un vestido así. Le quedaba perfectamente, destacando su figura de guitarra, apretando sus pechos, abrazando su estrecha cintura y sus caderas.

Su paseo por la calle de las joyerías había dado resultado. El prendedor brillaba, pero no tanto como sus ojos. Era preciosa.

— Deberíamos irnos — murmuró, sin reconocer su propia voz.

Diez minutos después, Alexander miraba por enésima vez de la carretera a ella, sin las dudas de los últimos días. Su objetivo era claro: acercarse más a Daisy. El deseo de conquistarla lo consumía, apartando cualquier otro pensamiento. En aquel momento, lo único que importaba era tenerla, y al demonio con las complicaciones.

— Estás preciosa — le dijo. Era un cliché, pero no se le ocurría nada más.

— No tanto como tú — dijo Daisy.

Podía pensar que estaba siendo irónica, pero él sabía que lo decía en serio. Había visto cómo lo miraba, cómo sus ojos castaños se oscurecían cada vez que se acercaba. Y estaba decidido a acercarse más. De no haber sido por el maldito video ya sería suya. La habría invitado a cenar y habrían terminado en la cama. Y ella no le habría dicho que no.

No iba a beber esa noche, decidió, eso lo inflamaría aún más. Perdería el control ante la menor provocación. Nunca se había sentido así en toda su vida y no le gustaba.

— ¿Dónde vamos, por cierto? — le preguntó ella, pasando las manos por la falda del vestido.

— Sky City.

Ella se volvió bruscamente.

— No puedo, Alexander.

Parecía tan asustada que estuvo a punto de girar el volante para parar en el arcén.

— ¿Por qué no?

— No puedo subir en ese ascensor.

Ah, su miedo a los ascensores. La cena tenía lugar en la última planta del rascacielos. ¿Cómo iba a soportar los treinta segundos que duraba la ascensión? Entonces, de repente, se le ocurrió un plan.

— Yo te ayudaré — le dijo. — Sería un placer hacerlo, además.

Ella no dijo nada, pero su tensión aumentaba a medida que se acercaban al rascacielos y entraban en el garaje.

Podía ver sus pechos subiendo y bajando agitadamente mientras esperaban, pero entró en el ascensor con la cabeza alta. Él la siguió, pero no se volvió hacia la puerta. Se quedó frente a ella, a unos centímetros.

— Tengo una sensación de déjà vu.

— No lo pienses — le advirtió Daisy.

Quería distraerla y tenía que hacerlo. Quería apretarla contra la pared y besarla hasta que olvidase dónde estaban. Sus pechos subían y bajaban con una velocidad anormal, pero los pezones se marcaban bajo la tela, de modo que ya la tenía un poco distraída.

— No puedes evitar que lo piense — murmuró.

Ella miró por encima de su hombro, pálida, mientras las puertas se cerraban.

Alexander levantó un dedo para trazarle la curva de los labios. No llevaba carmín, pero sí algo de brillo, y era tan sexy que le daban ganas de comérsela a besos.

— Te dije que no...

Tenía un rostro ovalado, precioso, unos enormes ojos castaños, la nariz pequeña y esa boca tan jugosa. De cerca podía ver que tenía dos pecas, una en el puente de la nariz y la otra cerca de la punta. Sonriendo, las rozó con el dedo. Iba a tener que besarlas.

Era un encanto, pensó, con un cuerpazo. Y cuando abría la boca era para soltar algún sarcasmo. La mezcla lo tenía atrapado.

Ella lo miraba con los ojos muy abiertos, respirando agitadamente, pero Alexander quería pensar que no era solo por estar encerrada en un ascensor. Tal vez era capaz de leer sus pensamientos. Y si era así, tenía cosas más serias de las que preocuparse que un estúpido ascensor. Unos segundos después, se abrieron las puertas. Habían llegado a la última planta y Alexander la tomó de la mano.

# CAPÍTULO SEIS

Daisy no podía respirar. La gente que Alexander le había presentado esa noche debía pensar que era tonta, porque apenas era capaz de hilar una frase. Pero Alexander no la había dejado a un lado, al contrario, estaba pendiente de ella, incluyéndola en todas las conversaciones.

Lo hacía deliberadamente. Apretaba su mano, la miraba a los ojos, la hacía sentir como si estuvieran solos en aquel salón lleno de gente. Todo el mundo debía pensar que estaban juntos, y era lógico, porque Alexander actuaba como si así fuera.

Y el deseo que había entre ellos era una fuerza imparable. Alexander, con los ojos brillantes, tiraba de ella para apretarla contra su torso, apartándose después.

— Necesito una copa — dijo Daisy , aunque lo que necesitaba era apartarse un poco.

Él rio, como si hubiera leído sus pensamientos, pero la llevó hacia el bar de la mano.

— Alexander.

Daisy se volvió al escuchar una voz masculina y miró a Alexander, sorprendida, cuando apretó con fuerza su mano.

Se había quedado inmóvil, extrañamente serio. Ni siquiera saludó al hombre que estaba a su lado. Era un poco más bajo que Alexander y tenía canas en las sienes, pero a pesar de su edad seguía siendo atractivo.

— Esperaba que estuvieras aquí — empezó a decir, con una sonrisa ensayada y un brillo de inseguridad en la mirada — . Te he llamado varias veces.

Alexander ni siquiera parpadeó.

El hombre miró a Daisy y le ofreció un esbozo de sonrisa.

— ¿No vas a presentarnos?

El silencio se alargó y la situación empezaba a ser realmente incómoda. ¿Cuál era el problema? ¿Por qué no quería presentarle a aquel hombre?

— Daisy , te presento a Patricio — dijo Alexander por fin — . No sabía que estuvieras en Nueva Zelanda.

— Pensé que sería buena idea. Supongo que habrás recibido los resultados...

— Sí — lo interrumpió Alexander.

— Deberíamos hablar — dijo Patricio.

¿Había una súplica en esa pregunta? Daisy empezaba a tener miedo. Alexander se mostraba agresivo, y el silencio era horriblemente largo.

— No, ahora no — respondió por fin, con frialdad.

Luego se volvió para tomarla del brazo y se alejó, prácticamente tirando de ella.

Daisy , sorprendida por una faceta de Alexander que no había visto hasta ese momento, decidió que lo mejor sería no decir nada. En la barra, pidió una copa de vino para ella y un whisky solo para él... que se tomó de un trago. Le hubiera gustado preguntarle quién era Patricio y cuál era el problema, pero sabía que no era asunto suyo.

— Vamos a bailar — dijo él entonces.

Alexander la apretó contra su pecho. La música era lenta, pero la energía que emanaba de él era electrizante. Y enseguida notó un cambio repentino, como si la rabia hubiera dado paso a la pasión. Se movía de una manera embriagadora, mareándola.

Unos minutos después la tomó del brazo para llevarla hacia una mesa al fondo del salón.

— ¿Quién es Patricio? — preguntó ella por fin.

Los ojos de Alexander se habían oscurecido.

— Nadie.

No le sorprendió la respuesta. Lo que sí le sorprendió fue que escondiera las manos bajo la mesa para acariciarla.

— ¿Qué haces?

— Nada — respondió él, rozando la seda del vestido.

— No creo que una cena benéfica sea el mejor sitio para hacer esto. Eres demasiado refinado, ¿no?

— ¿Quién dice que soy refinado? — Alexander deslizó las manos un poco más hacia arriba y Daisy tragó saliva.

— Para.

Estaba acostumbrado a salirse con la suya y conocía el poder de su encanto, pero

Daisy sintió el deseo de quedar por encima. La emoción del reto era irresistible...

— Muy bien, si eso es lo que quieres — murmuró Daisy , bajando las manos.

Sonriendo, lo acarició por encima del pantalón.

No pudo dejar de sonreír al notar que había dejado de respirar. Estaba incómodo, sorprendido, pero intentaba no perder el control.

Daisy se inclinó un poco más, su boca a un milímetro de la de Alexander.

— ¿Quieres que vayamos a la pista de baile? — lo retó.

Él dejó escapar el aliento que estaba conteniendo. Evidentemente, no le gustaban los numeritos en público, y Daisy sonrió, sabiendo que estaba traspasando una línea invisible.

Pero entonces Alexander la tomó del brazo y se levantó a tal velocidad que la hizo trastabillar.

— ¿Qué haces?

Sin decir nada, Alexander tiró de su mano y Daisy tuvo que ir con él. Pero no la llevó a la pista de baile, sino fuera del salón, por un pasillo y luego por otro...

De repente, le dio la vuelta para tomarla entre sus brazos, deslizando una mano por su vestido. A Daisy se le doblaron las rodillas mientras la empujaba contra la pared, pero él siguió empujando hasta que sus cuerpos parecían estar pegados. Salvo un pedacito de satén, un susurro de seda y sus abultados pantalones, estaban tan íntimamente unidos como dos personas podían estarlo.

Su ronco gemido hizo que sintiera un cosquilleo en sus partes más íntimas, la tensión insoportable.

— No juegues conmigo, no vas a ganar — dijo Alexander, con voz ronca — . Ahora me toca retarte a mí.

El deseo era imparable, pero Daisy empezaba a asustarse.

— Bésame.

Había dejado de apretarla contra la pared, pero no podía escapar, no podía apartarse de su calor. Todo lo contrario.

Placer y satisfacción, la promesa parecía llamarla mientras le acariciaba los muslos, deslizando las manos hacia arriba, enviando olas de sensaciones por todo su cuerpo.

— Bésame — repitió, más cerca.

Alexander la miraba con esa sonrisa irresistible...

Y Daisy no pudo resistirse. Sus labios se abrieron como por voluntad propia, su cuerpo yendo instintivamente hacia él. Lo único que podía ver era su boca y el deseo en sus ojos. Lo único que podía oír era el trueno de su corazón.

Cerró los ojos, bloqueando todo lo que no fuera Alexander para concentrarse en las sensaciones de su boca. Incluso el más breve roce de sus labios la hizo temblar. Él levantó una mano para acariciarle la espalda, el cuello, enredando los dedos en su pelo, manteniéndola apretada contra él para que no pudiese romper el contacto.

Aunque no podría hacerlo, ya no. También ella le acarició el pelo, abriendo los labios para él. Alexander tenía unos labios generosos, firmes y suaves al mismo tiempo. Los tocó con la punta de la lengua, saboreándolos, apretándose más contra él, más y más aún.

Él la dejó dominar durante un momento, pero enseguida la recompensó con una embestida de su lengua. Un involuntario espasmo la hizo temblar, pero seguía acariciando su pelo, lanzándose de cabeza a la tormentosa pasión.

Alexander levantó un poco la mano que tenía entre sus piernas, rozando el satén de las bragas, haciendo que deseara arquearse hacia él. Lo oyó gemir y ese gemido vibró por todo su cuerpo como si la acariciase íntimamente. Movía los dedos suavemente, como saboreando la húmeda evidencia de su deseo.

Daisy se abrió para él. El beso era casi salvaje, el poder de la atracción liberado. Se apretó contra el torso masculino y sus pezones se levantaron ante el contacto.

Pero, de repente, unas risas le recordaron dónde estaban.

— Para, Alexander — murmuró jadeando, su corazón, latiendo con tal fuerza que pensó que iba a salírsele del pecho — . Aquí no.

Estaban en un sitio público. Un minuto más y acabaría gritando de placer frente a los ricos y famosos de Auckland.

Escuchó un ruido y miró hacia el final del pasillo. Alguien acababa de salir. Solo tendría que girar la cabeza y los vería. La ancha espalda de Alexander la protegía, pero aun así...

El deseo hacía que se olvidase de todo, quién era, dónde estaba y qué debería estar haciendo, pensó, sintiendo que le ardía la cara.

No quería ser esclava del deseo. Si se iba con él acabarían en el asiento trasero del coche, en el servicio o en algún callejón, de modo que hizo un esfuerzo para recuperar

el control, porque acostarse con Alexander no sería solo arriesgado sino peligroso. Los sentimientos que despertaba en ella eran demasiado fuertes, pero Alexander solo quería pasar un buen rato.

— ¿No tienes que entregar un premio o algo así?

— Lorenzo lo hará por mí.

— No puedes decepcionar a la gente — Daisy se apartó, alisándose el vestido con las manos — . Se acabaron los retos.

Él rio.

— No te creo. Tal vez solo necesitas una provocación — murmuró, inclinándose hacia delante para volver a besarla, sus labios ansiosos, exigentes.

Daisy contuvo un gemido. No estaba tocándola, pero ella deseaba que así fuera. Deseaba mover las caderas hacia delante y tenerlo dentro. Si hubieran estado solos, lo habría hecho.

Se apartó para buscar oxígeno, pero por mucho que llevase a los pulmones, seguía mareada.

— ¿Qué tal una tregua? — le preguntó, sin aliento.

Alexander le pasó la yema del dedo por los labios.

— Podemos retrasarlo un poco más si quieres, pero es inevitable.

Daisy quería negar con la cabeza, pero no podía moverse. La pasión brillaba en sus ojos, el placer y la satisfacción en su sonrisa.

— Somos compañeros de casa — le recordó — . Podemos ser amigos, pero no...

No terminó la frase porque él estaba riendo.

— Cariño, no podemos ser amigos hasta que esto se haya quemado — Alexander le levantó la barbilla con un dedo — . Después de eso seguramente podremos serlo. Me llevo bien con todas mis exnovias.

— Eres un auténtico casanova.

— Tú también tienes amigos especiales, ¿no? No hay nada malo en el sexo, es algo natural.

Daisy se apartó para buscar un poco de calma.

— Tengo que arreglarme.

— Cobarde — dijo Alexander.

Aunque en el fondo se alegraba. ¿Cuánto tiempo se podía mantener una erección del tamaño de un rascacielos? Iba a tener que solucionarlo de alguna forma.

— ¿La llevas a casa?

— A su propia habitación, sí.

— Eso no durará mucho.

Alexander apoyó un hombro en la pared.

— Es complicado.

— El video en Internet, le inventas un puesto de trabajo, la llevas a tu casa. Sí, muy complicado.

Alexander sacudió la cabeza. Lorenzo no sabía nada de la pesadilla de la prueba de ADN.

¿Cómo se atrevía Patricio a aparecer allí? ¿Qué intentaba hacer? ¿Qué quería de él? Fuera lo que fuera no iba a conseguirlo.

Eso era lo que se lo comía vivo, no una mujer de metro cincuenta, por sexy que fuera. Pero al pensar en Daisy , todo su cuerpo ardía de deseo.

— Fue idea tuya que la llevase a mi casa.

— Pensé que sería lo más conveniente.

¿Conveniente? Lorenzo no lo entendía. Daba igual, podía lidiar con la situación. ¿No era Alexander Baldwin? ¿No tenía una agenda llena de números de teléfono? Si quería sexo, no tendría el menor problema para encontrarlo.

Normalmente, salía con chicas y lo pasaba bien, sin complicaciones ni compromisos. Las mujeres eran una diversión, nada más. Nunca había querido nada más.

Pero desde que Daisy apareció en su vida solo quería sexo con ella. Su olor lo excitaba, despertando en él un ansia desconocida. Y no sabía cómo iba a saciarla. Había tantas opciones, tantas fantasías dando vueltas en su cabeza...

Gran parte de la atracción era el juego, ¿no? La caza, el reto que Daisy lanzaba continuamente. Él nunca había tenido que esforzarse para seducir a una mujer, de hecho no se molestaba si alguna se lo ponía difícil, pero Daisy era diferente. Ella no quería una relación porque no creía en ellas.

Que se negase a tener una aventura le dolía porque en aquella ocasión el juego lo era todo. Hacía todo lo posible para excitarla y esperaba una respuesta.

Alexander se apartó de la pared cuando la vio salir del servicio. A juzgar por su expresión no iban a hacer nada más esa noche, pero lo intentaría.

Mientras esperaban el ascensor, Daisy se concentró en respirar. Era una estupidez ponerse tan nerviosa, pero cada vez que estaba en un espacio cerrado se le hacía un nudo en el estómago. Cada vez que recordaba la oscuridad, el silencio, el aterrador silencio. Y luego ese golpe...

— Mírame — oyó que decía Alexander cuando entraron en el ascensor — . Mírame a los ojos.

Ella lo hizo, irritada.

— ¿También puedes hipnotizar a la gente con la mirada?

Él soltó una carcajada.

— No, pero ya hemos llegado.

Era cierto. Las puertas del ascensor se habían abierto.

Una vez en casa, Daisy se dirigió a la escalera con el pulso acelerado.

Alexander se quedó atrás para desconectar la alarma y Daisy caminó más aprisa para llegar a su habitación. Sola. Pero no llegó a tiempo. Alexander la tomó del brazo cuando empujaba la puerta.

— ¿Cuándo fue la última vez que llamaste a alguno de tus novios, cariño? — susurró — . Me parece que necesitas una revisión.

Daisy no podía respirar y menos responder. Los viejos miedos se disolvían, desaparecían.

Su risa era tan ronca, tan sexy.

— Alexander...

— Eso dijiste, pero yo sé que es mentira.

— ¿Por qué?

— Porque cuando llega el momento te echas atrás. No te acuestas con hombres ni tienes amantes. Llegas hasta un punto... francamente, no muy lejos, y luego paras. Incluso empiezo a preguntarme si eres virgen — bromeó Alexander.

Daisy se atragantó. Ella no tenía mucha experiencia, pero no era virgen.

— Tal vez no me gustes tanto como crees.

— Claro que te gusto. ¿Quieres que te lo demuestre?

¿Por qué no se rendía?

Porque no quería ser su última conquista. Sí, Alexander era atractivo, encantador, incluso irresistible, pero también era competitivo, obsesionado por ganar siempre. Había nacido para tener éxito y estaba encantado de conseguirlo. Y en aquel momento, eIla era eI reto, pero Daisy no estaba dispuesta a rendirse.

No quería entregarse porque temía que Alexander se llevara más de Io que eIla quería darle. Le gustaba controlar sus emociones y no podía mantener eI control estando entre sus brazos.

— En realidad, no me interesa — Ie dijo, dirigiéndose a Ia puerta — . Tienes razón, ha pasado algún tiempo porque Ios hombres no estaban a Ia altura. Pero una chica siempre puede encontrar algo mejor que un hombre — añadió, pasando sensualmente una mano por sus pechos ante Ia sorprendida mirada de Alexander — . Es infinitamente más satisfactorio a solas. No necesito a nadie más.

# CAPÍTULO SIETE

Daisy saltó de la cama, más frustrada que una adicta al sexo encerrada en una celda durante tres años. Porque eso era exactamente, ¿no? Una especie de adicta, deseando las caricias de Alexander, sus besos. Habían pasado muchos años desde la última vez, pero nunca lo había deseado de tal modo.

Después de ducharse, eligió un traje de chaqueta oscuro con una blusa pálida, medias opacas y sus zapatos de cuña.

Una vez maquillada, observó el resultado en el espejo y suspiró. Su frustración se notaba en la cara, en su palidez, en las sombras bajo sus ojos.

¿Estaba convirtiéndose en una víctima, como su madre?

¿Dejando que un hombre pusiera su vida patas arriba?

Tal vez debía acostarse con él. Y lo deseaba, cuánto lo deseaba. ¿No estaría analizándolo todo de manera exagerada porque nunca había tenido una relación de verdad? Podría tener una simple aventura, sin emociones, sin complicaciones. Al fin y al cabo, solo era sexo, y una vez hecho, tal vez podrían ser amigos. Si lo hacía con los ojos abiertos, no cometería el error de querer algo más, porque sabía que Alexander no querría nada más.

Bajó a la cocina y se detuvo, empalada por el intenso brillo de los ojos verdes. Sintió que los pezones se le endurecían y ese cosquilleo entre las piernas no desaparecía. Al contrario, estaba empeorando.

- ¿Has dormido bien? —le preguntó Alexander—. ¿Has disfrutado jugando contigo misma en esa enorme cama?

Daisy recordó entonces sus tontas palabras. Menuda broma. Había estado dando vueltas en la cama durante toda la noche, incapaz de pegar ojo. Solo quería una cosa: tener a Alexander dentro de ella.

- No me estropees la fantasía, por favor. Y, por cierto, me encantaría mirar.

- Pervertido - murmuró ella, sintiendo que le ardía la cara.

Comería algo y después se iría a trabajar, pensó, entrando en la alacena. ¿Por qué no

había hecho Alexander el desayuno esa mañana? ¿Había dejado de portarse como el perfecto anfitrión?

Cuando miró hacia atrás lo vio apoyado en la puerta, ocupando todo el espacio, y se puso a temblar. Ni siquiera podía echar los cereales en el cuenco.

- ¿Es un sitio pequeño y cerrado? ¿Esto es lo que te pone tan nerviosa?

De modo que se había dado cuenta. Bueno, sería difícil no darse cuenta cuando había dejado caer dos veces el paquete de cereales.

- No.

- ¿Entonces?

Daisy se dio la vuelta.

- Tú sabes por qué.

El verde de sus ojos desapareció, tragado por las oscuras pupilas dilatadas.

- ¿Ah, sí?

- Si lo hacemos - dijo ella con firmeza - no puedes salir con nadie más mientras yo esté contigo.

Los ojos de Alexander lanzaban fuego.

- ¿De verdad crees necesario dejar eso claro?

- Tú besas a extrañas en los ascensores, por supuesto que es necesario.

- Sí, bueno, y tú admites abrirte de piernas para una variedad de hombres como diversión, así que nada de otros amantes.

Daisy adoptó un falso gesto de disgusto.

- Será difícil, pero imagino que encontraré disciplina para hacerlo.

Él levantó una mano para acariciarle la cara.

- Yo puedo ayudarte con la disciplina, cariño.

Ella lo miró, boquiabierta.

- No te atreverías.

Alexander rio, su risa hacía que sintiera un cosquilleo.

- ¿Qué quieres que haga?

La respuesta de Daisy fue corta, explícita y muy perversa:

- ¿Ahora mismo?

- Sí.

- ¿Aquí?

- Sí, date prisa - Daisy lo buscó con las dos manos, la boca abierta.

Hambrienta.

Y Alexander la besó, pero aún no estaban lo bastante cerca. La atrajo hacia él y lo que había empezado aquel día en el ascensor siguió hasta su conclusión. Se apretaba contra él para explorarlo, para sentir sus duros muslos entre las piernas, sus manos, su boca y, sobre todo, su rígido miembro.

Empezó a desabrochar botones, maldiciendo cuando no podía hacerlo a suficiente velocidad. Lo agarró del pelo y tiró de él para buscar su boca, arqueándose, moviendo las caderas.

Lo quería allí mismo, en aquel mismo instante. Alexander se apartó, mascullando una palabrota.

- No quiero parar, maldita sea.

- Ni yo - murmuró ella, enfebrecida, acariciando su espalda.

- Un preservativo. No quiero complicar aún más la situación.

- No hay problema. Nunca he querido un embarazo no deseado.

- Pero yo no...

- Yo tampoco.

Nunca había deseado a un hombre como lo deseaba a él. Quería tocar su piel desnuda y tiró de los botones hasta arrancarlos. Lo deseaba. Deseaba su cuerpo, su fuerza, su absoluta atención.

Alexander nunca había hecho el amor de ese modo. Normalmente, era cortés, tranquilo, amable, y hacía que su compañera lo pasase bien antes que él. Aquello era todo lo contrario; era como una batalla. La sujetó por la cintura, aplastándola contra la pared, apretándose contra ella.

Tenía que hacerla suya.

Ella seguía luchando como una gata, deseándolo con todas sus fuerzas, arrancando su camisa, buscando lo que quería mientras él hacía lo propio.

Pero llevaba medias y el deseo era tan poderoso que ninguno de los dos podía quitárselas. Al final, tiró de ellas hacia abajo, hasta las pantorrillas, y metió una pierna

entre las suyas. Daisy tenía la falda por la cintura, la blusa abierta...

Alexander se detuvo durante un segundo para meterse un pezón en la boca, con sujetador y todo, y al oírla gemir sencillamente le arrancó las bragas de un tirón. Estaba húmeda y olía tan bien... y se movía mejor, prometiendo un placer increíble.

Se movió hacia delante y, de repente, por fin, estaba dentro de ella.

El corazón se le detuvo durante una décima de segundo. El mundo desapareció mientras la miraba a los ojos, incapaz de moverse, incapaz de pensar, incapaz de creer cuánto le gustaba aquello.

También ella estaba inmóvil: los labios abiertos, los gemidos escapaban de su garganta.

Sintió algo, entonces, una emoción que lo ahogaba. Daisy enredó los dedos en su pelo en ese momento, temblando, buscando sus labios en un beso que lo habría hecho caer de rodillas si no hubiera estado haciendo un esfuerzo sobrehumano para mantenerse en pie. Las sensaciones eran tan crudas, tan extrañas para él, que pensó que había muerto gritando de placer.

Por fin, empezaron a moverse al unísono. Ella empujaba las caderas hacia delante mientras apretaba las piernas que rodeaban su cintura, gimiendo de placer. También él gemía roncamente con cada embestida, enloquecido, intentando estar aún más cerca.

Vio que se mordía los labios cuando se acercaba el éxtasis. Tenía la cara roja de placer y ese flequillo que ocultaba sus ojos... era preciosa. Daisy echó la cabeza hacia atrás y Alexander no pudo resistirse ante la suave piel de su garganta.

Sus gritos le llegaban al alma y el instinto se apoderó de él, haciendo que se moviera cada vez más rápido, viendo cómo ella perdía la cabeza. Un grito gutural escapó de su garganta, haciendo eco en la habitación. Mantuvo los ojos cerrados mientras sentía las gotas de sudor rodarle por el rostro, por la espalda.

No era capaz de recuperar el aliento. Siguió embistiendo hasta que tuvo que dejarse ir por fin, temblando.

Daisy parecía sorprendida, pero de inmediato vio que se ponía a la defensiva, como siempre. Solo consiguió hacer que la desease aún más, que quisiera abrazarla y hacerle de todo con las manos y la boca.

Había perdido el control. Como él.

Daisy intentó reunir fuerzas para empujarlo, pero trastabilló con las medias y Alexander se apartó para subirse los calzoncillos y el pantalón, secando el sudor de su frente con

la palma de la mano.

Necesitaba salir de allí y no porque estuviera en un sitio pequeño y estrecho. Ni siquiera se había dado cuenta de eso porque estaba en un sitio mucho más aterrador. Lo único que importaba era alejarse de Alexander lo antes posible o se echaría en sus brazos de nuevo y le suplicaría más. Había sido la experiencia más intensa de su vida. Salvaje, maravillosa, enloquecida.

Alexander la sujetó por la muñeca cuando iba hacia la puerta.

- Deberíamos hablar.

Ella no quería analizar lo que había pasado. Quería guardarlo en su corazón para siempre, como un tesoro.

- No es necesario - respondió, como si no tuviera importancia, intentando salir de la alacena con la cabeza bien alta - . Tengo que ir a trabajar y tú también.

- El trabajo puede esperar.

- No voy a llegar una hora tarde porque me haya acostado con el jefe - replicó ella.

- Yo no soy tu jefe.

- Una cuestión secundaria - Daisy corrió a su habitación - . Estaré lista en diez minutos.

Tardó veinte, pero aún no se había recuperado. Harían falta varios siglos para eso. Él estaba listo, esperándola abajo, con el pelo aún mojado de la ducha.

- Daisy ...

- No - lo interrumpió ella - . Tenías razón, era inevitable, pero ya está hecho. Se terminó.

- ¿Crees que se ha terminado? Lo dirás de broma.

Ella no tenía experiencia con un hombre como Alexander.

- ¿Podemos irnos? Solo es mi segundo día en el trabajo.

Daisy salió de casa sin decir nada y cuando subió al coche encendió la radio y se dedicó a mirar por la ventanilla. El instinto le advertía y su cerebro era un caos. Lo deseaba, pero deseaba salir corriendo al mismo tiempo.

- ¿Por qué has venido a Nueva Zelanda? —le preguntó Alexander—. ¿Estás buscando a alguien... a un hermano? Daisy giró la cabeza para mirarlo, atónita.

- ¿Cómo lo sabes?

- Te oí hablando por teléfono.

Era un asunto privado, su gran tesoro, y ni siquiera él podía invadir su privacidad.

- No deberías escuchar detrás de las puertas.

- Tal vez yo podría ayudarte.

¿Cómo? ¿Tenía acceso a archivos secretos? Daisy no podía respirar ni tampoco hablar.

- No tienes que contármelo si no quieres, pero conozco a un buen investigador privado.

- ¿Para qué necesitas tú un investigador privado?

- Todas las familias tienen secretos - respondió él, con una sonrisa burlona.

- Pero no todas las familias contratan a un detective privado.

Alexander se quedó callado mientras detenía el coche frente al almacén de Lorenzo. Sabía que estaba esperando, pero jamás le había hablado a nadie de Eli. No era su secreto, sino el de su madre.

Por fin, él se encogió de hombros y apagó el motor.

- La oferta sigue ahí para cuando quieras contármelo.

- Me lo pensaré - Daisy mintió por cortesía, no pensaba contarle algo tan personal - . Gracias.

- ¿Tienes que llevar esas blusas? - le preguntó él entonces, con tono enfadado.

- ¿Qué le pasa a mi blusa? Es de buena calidad, está cosida a mano y no es muy ajustada.

- Pero se transparenta.

Daisy frunció el ceño.

- No es verdad.

- Ahora sé lo que hay debajo...

Cuando sus ojos se encontraron, tuvo que hacer un esfuerzo para tragar saliva. ¿Lo deseaba de nuevo? ¿Después de lo que acababa de pasar?

- Más tarde me pondré una chaqueta.

- Da igual, seguiría viendo tus curvas.

Alexander tomó su mano como diciendo «no intentes detenerme». Y ella no lo intentó

porque el deseo de que la tocase era demasiado fuerte.

- ¿Qué estás haciendo?

- Demostrando algo.

Inclinó la cabeza para buscar sus labios, empujándola contra el coche, y Daisy se derritió. Pero cuando iba a devolverle el beso, Alexander levantó la cabeza con una sonrisa traviesa en los labios.

- Será mejor que entres, cariño. No quieres llegar tarde, ¿verdad?

Mientras ella lo fulminaba con la mirada, volvió a subir al coche y arrancó, riendo.

Sin ella, volvió a recordar su sorpresa al ver a Patricio. Había buscado el parecido, odiándose a sí mismo por no haberlo visto antes, odiando a Patricio por tantos años de mentiras.

Había trabajado tanto durante esos años, ¿y para qué? Él no tenía derecho al apellido Baldwin y su madre no tenía derecho a criarlo como si así fuera. Ningún derecho a infundirle el sentido del deber hacia la empresa familiar para que no tomase en consideración ninguna otra opción profesional, para que su vida se convirtiera en el negocio.

No podía creer hasta qué extremos llegaba la mentira. La traición era insoportable y se alegraba de que Samuel hubiera muerto sin saber la verdad.

La ayudaría a buscar a su hermano, si Daisy se lo permitía. Él sabía lo horrible que era vivir sin respuestas y, aunque Daisy decía no querer saber nada de relaciones, era una romántica. No iba a dejar que negase que entre ellos había algo. Con ella era capaz de olvidarse de todo.

Tenía que enviar otro mensaje al departamento de búsqueda en la página de servicios sociales. Ya había enviado varios, pero no obtenía ninguna respuesta. ¿Qué podía hacer si las autoridades no le daban el expediente de Eli?

Solo había una respuesta a su mensaje:

Si no han respondido a los anuncios necesitarás ayuda profesional. Contrata a un investigador privado.

# CAPÍTULO OCHO

- Sobre lo de esta mañana... - empezó a decir Daisy cuando volvió a casa.

- ¿Sí? - Alexander la miró, muy serio, mientras sacaba algo que su empleada había dejado en el horno.

- No creo que debamos repetirlo.

- Daisy , sé sincera contigo misma. Ha sido increíble y tú lo deseas tanto como yo.

- No quiero complicar más la situación.

- Acostarnos juntos no tiene por qué complicar la situación. Tú has dejado claro que no quieres saber nada de relaciones y ya sabes que yo tampoco. Esto es solo sexo, algo divertido por un rato, algo entre amigos.

Alexander dejó la bandeja sobre la mesa y se acercó a ella, sin dejar de mirarla a los ojos.

- ¿No quieres comer? - le preguntó Daisy , casi sin voz.

- No estoy interesado en la comida. Quería demostrarle que tenía razón.

- Alexander...

Él se inclinó, tocándola solo con los labios. Era lo único que necesitaba y Daisy bajó la mirada, dejando que las sensaciones la embargasen. Tenía razón, se derretía entre sus brazos. Sin dejar de besarla, la levantó para llevarla hacia la escalera y ella dejaría que la llevase donde quisiera mientras siguiera besándola de ese modo. El deseo de estar con él lo dominaba todo.

Alexander la dejó de pie en el dormitorio.

- Cariño...

Sonreía mientras la desnudaba y, a la vez, tiraba de los botones de su camisa hasta que logró librarse de ella. Cuando por fin estuvieron desnudos se miraron... pero la sonrisa de Alexander había desaparecido. Tembló, admirando la belleza masculina, los esculpidos hombros, los músculos definidos, el vello oscuro de su torso que se perdía bajo el ombligo, llamando la atención hacia el erecto miembro. Tenía un físico perfecto,

pero había algo más. Lo deseaba del todo, en cuerpo y alma. Instintivamente, Daisy se pasó la lengua por los labios. Y al ver el brillo de sus ojos supo que iba a ser explosivo de nuevo.

Con una rapidez que la dejó sin aliento, Alexander la tumbó sobre la cama y sus cuerpos chocaron. Era tan fuerte, tan masculino... mientras lo besaba ansiosamente, las últimas dudas caían como castillos de arena. Claro que podía ser sencillo, solo era sexo.

Sus besos eran ardientes, apasionados, su cuerpo duro, sus manos parecían acariciarla por todas partes. Alexander le sujetó los brazos para colocarlos sobre su cabeza, mirándola a los ojos.

- Eres tan preciosa - murmuró, sin soltarla, sonriendo al ver que miraba su miembro.

Empezó a acariciarle suavemente el cuello, los pechos, haciendo círculos alrededor de su ombligo y luego abajo, más abajo...

Daisy se agitaba, inquieta.

- ¿Qué? - le preguntó al oído - . ¿Qué quieres?

Ella arqueó la espalda como respuesta. Estaba a punto de terminar, pero no era eso lo que quería. Aún no.

- No quieres que solo lo haga con los dedos, ¿verdad? ¿Necesitas más? ¿No decías que esto era mejor que un hombre? ¿Más satisfactorio?

Daisy no estaba satisfecha.

- Alexander...

- Dime lo que quieres de verdad - la interrumpió él, sin dejar de acariciarla.

Pero Alexander seguía manteniéndola al borde del abismo, sin dejar que cayese, haciendo que perdiese la cabeza. Se movió de nuevo, apretándose contra su mano, intentando forzarlo a hacer lo que quería, pero él rio mientras seguía con la tortura.

- ¿Quieres que lo diga?

- Sí.

Daisy susurró en su oído las mismas palabras que había usado por la mañana, las que habían hecho que se lanzara sobre ella, hambriento. Y consiguió el mismo efecto.

Cuando Alexander le abrió las piernas con una rodilla estuvo a punto de desmayarse. Podía sentir la cabeza de su erección empujando contra ella. Solo tendría que levantar las caderas y lo tendría dentro... pero Alexander se apartó un poco, lo justo. Le

encantaba sentir su peso, estar atrapada debajo de él.

- Alexander...

- ¿Qué? - murmuró él, besándole el cuello.

- No pares.

- Algo tan bueno no ocurre a menudo, tendrás que admitirlo.

- Tú sabes que esto es increíble.

Cuando empezó a empujar, Daisy dejó de pensar.

- Dime lo que sientes - le pidió Alexander, con los dientes apretados, el cuerpo rígido.

Daisy sentía su fuerza, contenida, pero a punto de explotar. Sin embargo, no la asustaba. El miedo que había guardado dentro durante tantos años desapareció en el momento que Alexander estuvo dentro de ella.

- Bien - murmuró, intentando respirar - . Tan bien. Mucho mejor que bien.

Alexander le soltó las muñecas y ella le pasó las manos por la espalda, trazando los fuertes músculos, agarrándose a sus hombros. Le encantaba su calor, su peso.

Ir despacio era imposible para los dos. No podían hablar, solo suspirar, jadear, empujar con más fuerza hasta que la fricción era insoportable. Y, sin embargo, él tenía suficiente disciplina como para esperar unos minutos, hasta que ella no pudo más. Tensa, cada célula de su cuerpo en suspenso durante unos segundos, hasta que llegó la convulsión, los espasmos de placer. Alexander la soltó, liberándose para moverse más rápido... y su rugido de placer fue una delicia para los oídos de Daisy .

Cuando abrió los ojos era por la mañana y estaba sola en la cama.

¿Tal vez se había ido a su dormitorio medio dormida durante la noche? ¿Cómo iba a saberlo? Lo único que recordaba era cómo se movían juntos. ¿Cuántas veces habían sido?

Parpadeó, intentando borrar esas deliciosas imágenes de su mente y concentrarse en otra cosa. No, aquella no era su habitación, sino la de Alexander. No se había movido de allí. Saltó alegremente de la cama y fue a su dormitorio para ducharse. Cuando bajó a la cocina, aún no eran las siete, pero él casi había terminado de desayunar.

- Te he hecho una tortilla.

- No suelo comer tanto por las mañanas.

- Necesitas energía. Anoche apenas dormiste.

- ¿A qué hora te has levantado?

- A las cinco.

- ¿A las cinco? - repitió Daisy , atónita.

¿Por qué se levantaba tan temprano? Especialmente un sábado.

Su teléfono empezó a sonar entonces.

- Hay banqueros despiertos en todas partes del mundo, y la gente siempre quiere respuestas de inmediato.

- Lo has hecho para impresionarme, para hacerme creer que eres un trabajador serio y comprometido - bromeó Daisy cuando cortó la comunicación.

- ¿No crees que lo sea?

Sabía que lo era, pero estaba tomándole el pelo.

- Las primeras impresiones son fundamentales, y la primera vez que te vi, estabas revoloteando por la oficina como una mariposa, deteniéndote para charlar con unas y con otras, mientras las hormigas lo hacían todo por ti.

Él no pareció ofendido, al contrario.

- ¿Quieres saber cuál fue mi primera impresión de ti? - le preguntó, con una sonrisa traviesa.

- No.

- Gallina.

- No pienso morder el anzuelo.

- Mi primera impresión fue la de una cobardica en un ascensor.

Ella levantó la barbilla.

- Llevabas días mirándome antes del incidente en el ascensor, así que esa no fue tu primera impresión.

- No puedo decir en voz alta cuál fue mi primera impresión, no sería caballeroso.

Daisy se puso colorada.

- Ya.

- Y esa impresión no ha cambiado. De hecho, va en aumento. Venga, desayuna, tenemos que ayudar a Lorenzo.

- ¿Ayudarlo a qué?

- Ya lo verás.

Diez minutos después, Daisy miraba por la ventanilla del coche mientras atravesaban el centro de la ciudad para dirigirse a las afueras.

- ¿Cómo os conocisteis?

- ¿Lorenzo y yo? Estudiamos juntos y somos amigos desde entonces.

- ¿Y montasteis juntos la fundación?

- Lorenzo tuvo la idea, pero no quería tener que dar la cara a todas horas, así que me acorraló. Además, yo quería ayudarlo.

- ¿Por qué quería hacerlo?

- Lorenzo no tuvo una infancia agradable y quiere ayudar a niños en una situación parecida a la suya.

- ¿Pero no dices que estudiasteis juntos?

- En el internado, sí. Lorenzo estaba allí con una beca.

Daisy frunció el ceño.

- ¿Estuviste en un internado?

- Uno de esos en el campo, con mucho ejercicio físico para que no nos metiéramos en líos.

- No me digas que solías meterte en líos - bromeó Daisy .

- ¿Por qué crees que me mandaron a un internado?

Daisy no lo creía. Era Alexander Baldwin, el jefe, el presidente de una gran corporación financiera. Pero, aunque estaba sonriendo, había cierta amargura en esa sonrisa.

- Ya hemos llegado - dijo él, deteniendo el coche frente a una parcela rodeada de árboles.

Daisy miró el cartel. Estaban construyendo un parque para niños.

- ¿Qué tenemos que hacer?

- Ya lo verás.

Lorenzo, que estaba frente a una camioneta, con un montón de herramientas en la mano, los saludó con una sonrisa.

- ¿Tienes energía para quemar, Alexander?

- Ni te imaginas.

Daisy bajó del coche.

- ¿Te importa rastrillar hojas? - le preguntó Alexander.

- No, claro que no.

Tardó una hora en limpiar todas las hojas del suelo y hacer montones con ellas, pero para entonces estaba agotada y a punto de decir algo por qué aquella no era su idea de pasar una relajante mañana de sábado.

- ¿Dónde están las cámaras?

- Esto es algo que hacemos porque nos divierte. Las cámaras son para las cenas benéficas y cosas así - respondió Alexander - . Cuando nos ponemos guapos.

Evidentemente, estaba acostumbrado al trabajo físico, porque sabía usar una pala y una carretilla. Pero no podía quedarse mirándolo como una tonta. Lorenzo estaba levantando una cerca y Daisy tomó una bolsa de clavos.

- Dame un martillo.

- ¿Perdona?

- Un martillo.

- No creo que sea buena idea. Tienes unos dedos preciosos y unos pulgares tan pequeños... no quiero que te los machaques.

- Mejor que sean pequeños, ¿no? Así será más fácil que no me los machaque - replicó ella - . ¿Crees que una chica no sabe clavar un clavo?

Ella solía hacer todos los trabajos en casa de su madre. Bueno, todos los que podía. La fontanería la superaba, pero clavar unos cuantos clavos era cosa de niños, de modo que se puso a trabajar.

Alexander y Lorenzo estaban haciendo agujeros para meter los palos, como si llevaran toda la vida haciéndolo. Y ella no podía dejar de pensar en lo guapo que estaba...

Por fin, pararon para comer.

- Parece que estás acostumbrado a hacer esto.

- Pasaba los veranos trabajando en una granja - dijo él, ofreciéndole un plato de ensalada y un tenedor.

¿Había pasado los veranos trabajando? Esa era una sorpresa muy agradable. Ella pensaba que un chico rico como él pasaría los veranos en la Costa Azul. Cuando terminaron de comer siguieron trabajando. Usar un martillo era una manera de quemar

energía, y le hacía falta.

- ¿Y por qué sabes usar tú un martillo?

- Por necesidad - respondió Daisy .

- ¿Hay algo que no puedas hacer sola?

- No, nada - dijo ella, coqueta.

- ¿Seguro?

No estaba tomándole el pelo ni era una referencia a su comentario del día anterior. Estaba serio, preocupado.

El corazón le dio un vuelco. Si le pedía ayuda lo conseguiría, estaba segura. Encontraría a su hermano. ¿Y no era eso lo que más deseaba en el mundo? ¿No era esa la razón por la que había ido a Nueva Zelanda?

De repente, sintió miedo. Miedo de lo que podría encontrar.

Distraída, observó a Alexander y Lorenzo, que estaban mirando la cerca.

- ¿Sientes la tentación? - le preguntó Alexander.

- No tienes ni idea.

- Qué malo eres. Venga, vamos a tomar una cerveza.

- No, hoy no, gracias.

- Nos vemos la semana que viene entonces. Una vez en el coche, Daisy tuvo que preguntar:

- ¿La tentación de hacer qué?

Alexander sonrió.

- A Lorenzo le encantaba hacer pintadas cuando era más joven.

- ¿Y tú lo ayudaste a tomar el camino recto?

- Lo dirás de broma, yo lo ayudaba a pintar.

Cuando llegaron a casa, Alexander desapareció en el piso de arriba y Daisy fue a la cocina, agotada, para tomar un vaso de agua fría.

- ¿Cansada?

Sintió unos dedos cálidos por debajo de la camiseta.

- Sí.

- Vamos - dijo Alexander, con voz ronca.

Riendo, la tomó en brazos para subir a la habitación, pero no se detuvo frente a la cama. La llevó al baño y...

- Oh - Daisy parpadeó, sorprendida.

Había velas por todas partes, toneladas de ellas, de diferentes tamaños, todas rojas. Y todas con su aroma favorito, frutos del bosque.

- No creas que así vas a ganar puntos.

- No necesito ganar puntos - sonriendo, Alexander la metió en la bañera, con ropa y todo.

Daisy sacó la cabeza del agua, cubierta de burbujas.

- ¿Qué haces?

Lo miró mientras se desnudaba, disfrutando del agua caliente, y se derritió al ver que se quitaba los vaqueros. Era como estar en el cielo. Alexander rio y Daisy suspiró cuando se metió en la bañera con ella.

No necesitaba ganar más puntos, era cierto.

- Camiseta mojada... me gusta.

- Eres un caballero y un canalla, Alexander Baldwin.

Él le apartó unas burbujas del brazo.

- ¿Por qué dices eso?

- Haces esto... - Daisy señaló las velas - y luego me tiras en la bañera con ropa y todo.

Él se echó hacia atrás, el agua deslizándose por su bronceado torso, destacando los pectorales.

- Ha sido un impulso irresistible.

- ¿Sucumbes a menudo a tus impulsos?

- Contigo, sí.

Daisy lo miró, experimentando un impulso irresistible. Totalmente irresistible.

Sin decir nada, se puso de rodillas en la bañera y le dio un beso en la mejilla.

- Gracias.

- Me alegro de que te haya gustado.

- Eres muy detallista. ¿Qué más cosas haces bien? Alexander inclinó a un lado la cabeza.

- ¿Seguro que quieres saberlo?

- Por supuesto.

Horas después, Daisy estaba desnuda y feliz. Nunca se había sentido tan relajada, pero el cansancio la envolvió de repente. Los duros meses de angustia mientras cuidaba de su madre empezaban a hacerse sentir. Y la desolación ante el abuso de su padre... ¿qué clase de persona se aprovechaba de un moribundo?

Daría lo que fuera por volver a verla. Lo que fuera. Pero no podía hacer nada por ella, salvo lo último que le había pedido: que encontrase a su hermano. Tal vez así su madre encontraría la paz y ella también.

Estaba demasiado cansada, demasiado desesperada como para no aceptar la ayuda de Alexander.

- Lo que dijiste ayer del investigador privado...

- No tienes que contarme nada - dijo Alexander - . Puedo pedirte una cita con él.

Daisy sonrió tristemente. Estaba ofreciéndole ayuda sin preguntar siquiera, pero ella quería compartir esa carga con alguien.

- Mi madre tuvo un hijo ocho años antes de que yo naciera y lo dio en adopción. Aquí, en Nueva Zelanda. Se llama Eli.

- Y tú quieres encontrarlo.

Ella asintió con la cabeza.

- No nos conocemos, él no sabe nada de mí. Descubrí su existencia poco antes de que mi madre muriese y no tengo más que algunos detalles. Lo he intentado, pero no consigo nada.

- ¿No tienes ningún otro pariente?

- No.

- El investigador te ayudará. Lo llamaré esta misma noche.

- Pero es sábado.

- Los investigadores privados trabajan a todas horas. Como él. A menos que tuviese ganas de juerga.

- ¿No deberías irte de fiesta?

- No me apetece estar en ningún otro sitio.

Daisy apoyó la cabeza en su torso, sonriendo. Pero después de haberle contado lo de

Eli, eI cansancio Ia venció y tuvo que cerrar Ios ojos.

- No te preocupes, Daisy - Io oyó decir, como desde muy lejos - . Lo encontraremos.

# CAPÍTULO NUEVE

Alexander suspiró y Daisy levantó la mirada del plato.

- ¿Qué ocurre?

- Tenemos que salir esta noche.

- ¿Ah, sí?

Había ido a buscarla al trabajo y la había abrazado en cuanto llegaron a casa, besándola mientras iban a la cocina para disfrutar de un revolcón sobre la mesa de la alacena. Cuando por fin pararon para tomar aire y volver a ponerse la ropa, se sentaron a cenar, aunque lo único que le apetecía era meterse en la cama... y jugar un rato más.

El día anterior había sido maravilloso. Según Alexander, el día de descanso significaba no salir de la cama. Entre revolcón y revolcón habían dormido un rato, habían leído el periódico y habían comido lo que encontraron en la nevera. Y Daisy seguía exhausta y encantada.

- Hay que tomar una copa con las divas de la caridad. No tardaremos mucho, pero tengo que ir, y tú también. Eres la nueva empleada y todos quieren conocerte. Además, eres mi excusa para marcharme temprano. Tendrás jaqueca.

- ¿Qué? De eso nada. Tú ten jaqueca si quieres. ¿Tenemos que arreglarnos?

No había querido aceptar su oferta de comprarle ropa, pero la cuestión era que, aparte de los trajes de chaqueta que usaba para trabajar y el vestido negro, no tenía nada más.

- No, no hace falta. Podemos ir en vaqueros, es una reunión informal.

Después de una ducha rápida, Daisy se puso una camisa de algodón, los vaqueros con su mejor cinturón y unas botas. Y, como toque final, el prendedor que le había regalado.

En la fundación había otras mujeres con pantalones vaqueros, pero los de ellas eran de diseño. Era una reunión pequeña, más informal y mucho más aterradora. En la cena había demasiada gente como para mantener una conversación de verdad con nadie, pero aquello era como estar en una pasarela. Y estaba segura de que iban a juzgarla.

Alexander le apretó la mano y ella se lo agradeció, porque bajo las maquilladas pestañas empezaba a ver algunas miradas aterradoras. Las princesas de la alta sociedad de Auckland que se habían reunido allí la inspeccionaban con velada curiosidad, pero Daisy mantuvo la cabeza bien alta. Aunque sabía que no se parecía a ellas. No tenía su aspecto, ni su dinero, ni el ropero que ellas poseían.

- ¿Con cuántas de estas mujeres te has acostado? - le preguntó en voz baja.

- Ni siquiera con el diez por ciento - respondió Alexander - . No te sentirás insegura, ¿verdad?

- No, claro que no.

- Solo quieren conocerte.

Más bien querían que se apartase para acercarse a él. Era lógico que se mostrase tan arrogante. Las mujeres parecían pensar que era un ser superior, prácticamente inclinándose ante él. Y se mostraban amables con ella por la sencilla razón de que estaba con Alexander Baldwin. Salvo que para ella tenían miradas duras y sonrisas falsas. No era uno de los suyos y lo sabían.

Daisy miró alrededor mientras Alexander charlaba con una pareja de cierta edad. Al fondo de la sala había una chica sola y, por su expresión, también quería marcharse de allí lo antes posible.

- Perdona un momento - murmuró, antes de acercarse a ella - . Hola, soy Daisy .

- Yo soy Sara - se presentó la joven - . Es mi primera vez.

- La mía también. ¿Qué te trae por aquí?

- Represento una de las organizaciones que la fundación está tomando en consideración. La semana que viene haré una presentación y me han invitado para que conozca a algunos de los miembros del consejo. Para romper el hielo, imagino.

- Háblame de tu organización. Puedes practicar conmigo.

Era tan agradable poder charlar con alguien normal unos minutos. Estaba cansada de sonreír.

Alexander miraba de vez en cuando en su dirección y Daisy veía una pregunta en sus ojos.

Un hombre se unió a ellas y luego otro, de modo que buscaron sillas y empezaron a charlar sobre los diversos proyectos de la fundación.

- ¿Qué tal tu cabeza, Daisy? - Alexander apareció por detrás, aparentemente solícito.

- Perfectamente. Esa cena me ha quitado la jaqueca - respondió ella, volviéndose hacia Sara - . Cuéntame más. Sara miró de uno a otro.

- ¿Seguro que tienes tiempo?

- Claro que sí, tengo todo el tiempo del mundo, ¿verdad?

Alexander sonrió.

- Por supuesto.

Media hora después, seguía charlando con Sara, pero notando la mirada de Alexander, cada vez más impaciente.

- Siento mucho interrumpir - dijo él unos minutos después - pero es hora de irnos.

- No conoces a Sara...

- Soy Alexander Baldwin.

- Encantada. Siento haber arrinconado a Daisy ... - empezó a disculparse la joven.

- No, en absoluto. Me ha gustado mucho hablar de tu proyecto.

Alexander apresuró las despedidas y a ella le divertía tanto su impaciencia que se olvidó de las miradas heladas.

- Lo decías en serio, ¿verdad? - le preguntó mientras le abría la puerta del coche.

- ¿A qué te refieres?

- Que te ha gustado hablar del proyecto de Sara.

- Sí, mucho.

- De modo que puedes ser amable con la gente. Daisy enarcó una ceja.

- Y sé ir al baño cuando lo necesito. Es una ventaja, ¿no? Alexander soltó una carcajada.

- No quería decir eso.

- ¿Qué pensabas, que iba a quedarme mirando con cara de tonta toda la noche?

- No, pero tampoco esperaba que todo el mundo estuviera pendiente de tus palabras y que todos quisieran hablar contigo.

- No era por mí. Entrar en algún sitio con Alexander Baldwin es una garantía de éxito.

- ¿Por qué insistes en esconderte tras esos sarcasmos cada vez que te hago un cumplido? Eras tú. He visto a gente más famosa y más importante fracasar con un grupo como ese. Tú los has encantado.

- Solo he hablado con ellos un rato. ¿Por qué tenías tanta prisa por irte?

- Porque te deseo.

- Tengo jaqueca, ¿recuerdas?

Alexander tuvo que hacer un esfuerzo para alejarse del cuerpo adormilado y caliente de Daisy . Después de ducharse se vistió y se hizo un café. Luego encendió el ordenador y miró su móvil. Había cinco mensajes, uno de ellos de Patricio, que no pensaba responder; y otro, el más importante, del investigador privado.

No había mucho que contar. No había descubierto nada sobre el hermano de Daisy .

- Pero tiene que haber alguna pista.

El investigador le explicó el problema: la partida de nacimiento estaba sellada y sin una orden judicial, la única persona que podía conocer los detalles era el propio hijo. Nadie más, ni siquiera su hermana.

- ¿Tiene alguna foto, algún documento? - le preguntó el detective.

- No, no tengo nada. Pero no puede ser tan difícil. Haga lo que tenga que hacer, soborne a algún empleado de servicios sociales, lo que sea... - Alexander cortó la comunicación y tiró el teléfono sobre la mesa, irritado.

Cuando levantó la mirada, Daisy estaba en la puerta, medio dormida.

- ¿Era el investigador?

- Aún no ha encontrado nada. Lo siento, pero no suena bien.

Era frustrante. Daisy necesitaba ayuda y él había creído poder ayudarla. Quería evitar esa mirada de pena, de desolación.

- Voy a hacer el desayuno - murmuró ella, abriendo la nevera.

- ¿Tostadas?

- No, pizza. Suena raro, ya lo sé, pero es lo único que sé hacer. Pizza de espinacas y huevo, a mí me encanta. ¿Tienes masa para pizza?

Alexander se quedó donde estaba, mirándola.

- No.

- ¿Y salsa de tomate? Necesito salsa de tomate.

Parecía tan cansada que, de repente, se sintió agotado. Tal vez deberían volver a la cama.

- Haremos todo lo posible para localizarlo, te lo prometo.

- Lo sé.

- Confías en mí, ¿verdad?

- Claro - murmuró ella.

No dijo nada más, no lo miró siquiera. No quería que viera su decepción, su pena, su miedo. Y eso hacía que se sintiera totalmente decepcionado consigo mismo. Cuando su móvil empezó a sonar estuvo a punto de tirarlo a la basura. Quería ayudarla, quería que consiguiese la felicidad que merecía, pero no servía de nada.

Cuando volvió a mirarla, Daisy había cerrado la nevera.

- Ya no me apetece la pizza - murmuró, mirando alrededor - . Siento que esto te ocupe tiempo, Alexander. Sé que tienes cosas más importantes que hacer.

Parecía tan derrotada. Le temblaban las manos mientras apartaba el pelo de su cara.

Y eso no podía ser. Quería recuperar a la fuerte y sarcástica Daisy .

- ¿Crees que hago cosas importantes aparte de pasearme como una mariposa por la oficina? - bromeó.

- Bueno, admito que cuando dejas de seducir a tus empleadas pones algo de esfuerzo en el trabajo - replicó ella, en el mismo tono.

- Vaya, gracias. Pero te equivocas sobre una cosa.

- ¿Ah, sí? ¿Qué cosa?

- Nunca dejo de seducir - Alexander sonrió.

La sonrisa desapareció cuando la miró a los ojos, esos grandes ojos castaños llenos de pena e inseguridad.

Sin decir una palabra, la envolvió en sus brazos y la apretó contra sí para no ver esa expresión de pena que tanto le dolía.

- Lo encontraremos, Daisy .

No se le ocurría nada más. Pero no era suficiente, no podía garantizarle nada.

Daisy intentó concentrarse. No había prestado atención a lo que decía Cara porque solo podía pensar en la noticia de Alexander, en la abrumadora decepción. Nada, ninguna pista, ninguna posibilidad. Tal vez nunca encontraría a Eli y nunca podría decirle cuánto había lamentado su madre lo que pasó, que había pensado en él cada día, que lo había querido. No encontraría nunca a su único pariente vivo. Pensar eso le rompía el corazón. Tenía que concentrarse en otra cosa, como responder cartas o

hacer Ia contabilidad...

Las preguntas daban vueltas en su cabeza. Si no encontraba a su hermano, ¿para qué seguir allí? ¿Cuánto tiempo iba a darle aI investigador? ¿Cuánto tiempo iba a estar con Alexander?

La primera pregunta era fácil de responder: necesitaba más tiempo. No se había mudado a otro país para tirar Ia toalla en unos días. Tal vez eI investigador encontraría una pista o alguien podría ayudarlo.

En cuanto a Alexander, vivir en su casa era parte deI trato, ¿no?

Pero no era solo sexo, algo divertido y sin importancia. Era mucho más. Su corazón estaba en ello y él no Io había pedido. Ojalá Io hubiera hecho.

- ¿La reunión duró hasta muy tarde?

Daisy miró a Cara sin entender durante un segundo.

- Ah, no estuvo mal.

- Pareces distraída.

Daisy sintió que Ie ardía Ia cara.

- Lo siento.

- No, por favor, no pasa nada. Hoy no hay mucho que hacer. El móvil de Daisy empezó a sonar en ese momento.

- No puedo ir a buscarte, pero enviaré un taxi - dijo Alexander, sin preámbulos - . Tengo que hacer algo importante.

Su voz sonaba tan... cansada. Y eso era muy raro en él. Estaba segura de que ocurría algo y eso Ia preocupaba. Pero eIla no era su novia, ni siquiera una amiga de verdad.

Era su compañera de casa con derecho a roce. Nada más.

- ¿Era Alexander? - Ie preguntó Cara.

- Sí.

- Es guapísimo, ¿verdad? Lorenzo y él son Ios solteros más cotizados de Ia ciudad, y no solo por sus cuentas corrientes. Aunque... no sé si Alexander seguirá siendo soltero durante mucho tiempo - dijo su compañera, con una sonrisa en Ios labios.

Daisy arqueó una ceja, irónica. Los embarazos debían crear ilusiones románticas, porque Alexander Baldwin no tenía Ia menor intención de casarse.

Sola en Ia casa, Daisy se calentó una sopa y comió de pie en Ia cocina. Estaba

agotada y debería irse a la cama, pero no podía conciliar el sueño. Se sentó en el sofá del salón para leer un rato, pero no podía concentrarse en el libro y decidió ver una película. Imposible. No podía dejar de pensar en el tono de Alexander por teléfono. No podría dormir hasta que lo hubiera visto, daba igual a la hora que llegase.

Una hora después oyó que se abría la puerta del garaje y cuando apareció en la puerta del salón se incorporó, sorprendida por su expresión.

- ¿Qué ocurre?

Tenía un aspecto horrible. Su expresión, tan angustiada, fue como un cuchillo en su corazón. No podía creer que fuera el mismo Alexander, lleno de vitalidad, siempre tan alegre, tan decidido. ¿Qué podía haber pasado?

- Cuéntamelo, Alexander.

Pero él seguía en silencio.

Por fin, dejando escapar un largo suspiro, él dijo:

- He tenido una reunión con mi padre.

Daisy parpadeó.

- Pero...

- Samuel Baldwin no era mi padre. Siempre supe que mis padres no eran felices. No se peleaban todo el tiempo ni nada parecido, pero su relación era... fría. Un día, cuando tenía doce años, escuché a mi madre hablando por teléfono. Estaba discutiendo con su amante. Colgó inmediatamente y cuando le pregunté por qué ella lo negó. Y jamás se lo dije a Samuel porque... ¿cómo iba a decírselo? - Alexander se pasó una mano por el pelo - . Después de eso me enviaron a un internado. Seguía hablando con Samuel, pero no con ella. Me negaba a hablar con ella. Fui a la universidad, empecé a trabajar y luego mi pa... Samuel se puso enfermo. Necesitaba una transfusión de sangre, así que hicimos las pruebas... y descubrí que era imposible que él fuese mi padre.

Daisy se mordió los labios. No sabía qué decir o si había algo que decir.

- Hablé con ella - siguió Alexander - y lo admitió, pero me suplicó que no dijese nada. Saber que yo no era su hijo lo mataría, así que no dije una palabra, pero quería saber la verdad, necesitaba saberla. Ella decía que su nombre era irrelevante, que no tenía importancia. Insistía en que Samuel era mi verdadero padre.

- ¿Y no lo era? - le preguntó Daisy - . En todos los sentidos, en lo que cuenta de verdad, Samuel era tu padre.

- Yo tenía derecho a saberlo. Él tenía derecho a saberlo. Mi madre murió sin decirme quién era mi padre biológico - Alexander tragó saliva, emocionado - . Samuel vivió durante unos años, enfermo, desesperado porque el banco tuviera éxito, así que trabajé sin descanso para que así fuera.

- Y entonces murió.

- Un año antes de que recibiese la llamada. Daisy buscó respuestas y se le ocurrió...

- Patricio.

- ¿Tan evidente es? - Alexander sonrió, con tristeza - . Fue testigo de Samuel en la boda, ¿te lo puedes creer? Yo lo trataba como si fuera un tío, siempre estaba en casa cuando era niño y ahora entiendo por qué. Cuando mi madre murió se mudó a Singapur, una cuestión de negocios aparentemente. Ha vivido allí desde entonces. No se ha casado y dice que la aventura con mi madre terminó hace muchos años, ¿pero cómo voy a creerlo? Y ahora quiere mantener una relación conmigo... ¿Cómo se puede mantener una relación con alguien que te ha mentido durante toda la vida? Desde que era niño me enseñaron que era un Baldwin, que el banco, el negocio, eran mi destino.

- ¿Qué habrías hecho de no dirigir la empresa?

- No tengo ni idea, nunca lo he pensado. Sencillamente, era un Baldwin. Incluso Patricio, cuando hacía su papel de tío honorario, me aconsejaba que lo hiciera.

- Pero eres bueno en tu trabajo, Alexander. Te gusta mucho.

Nadie trabaja tanto en algo que no le gusta.

- Lo hago por necesidad. Tuve que hacerlo. Samuel estaba muriéndose y la compañía sufría por ello. Yo tenía que rescatarla, tenía que hacer algo. Tenía que demostrarle a todo el mundo que era lo bastante bueno, que merecía mi puesto, que era el jefe no solo por ser hijo de Samuel. Lo hice por él y ella me mintió durante años.

Era tan doloroso cuando un padre te decepcionaba, te traicionaba. Daisy lo entendía muy bien.

- Toda mi vida ha sido una mentira - Alexander sacudió la cabeza.

- ¿Cuándo te llamó Patricio?

- El jueves, hace dos semanas.

El día antes de su encuentro en el ascensor. Daisy empezaba a entenderlo todo. Estaba pasándolo mal y había buscado un momento de distracción para no pensar en su problema. Pobre Alexander.

- Insistí en pedir una prueba de ADN, y es cierto: Patricio es mi padre biológico.

- ¿Y no quieres hablar con él?

- ¿Por qué iba a hacerlo?

- La gente miente por todo tipo de razones, Alexander. No digo que esté bien, pero tal vez tengas que preguntarte cuáles eran esas razones.

- No hay ninguna excusa para lo que hizo.

- La gente miente para protegerse y a veces para proteger a otros. Tal vez no querían hacerte daño y mentían para protegerte a ti.

- ¿Protegerme de qué? No saber duele más, Daisy . No, no puedo perdonarlos. Patricio es despreciable, no quiero saber nada de él. No puedo creer que sea mi padre... no quiero estar emparentado con él en absoluto. Daisy alargó una mano para acariciarle el pelo. Tenía que ayudarlo de algún modo porque entendía ese odio y el miedo que había detrás.

- Yo también te he mentido - dijo en voz baja. Ni siquiera era una mentira que lo afectase a él, pero se sentía mal - . Te dije que mis padres habían muerto, pero mi padre vive... está en la cárcel.

- ¿En la cárcel?

Ella asintió con la cabeza.

- Para mí, murió el día que robó los ahorros de mi madre cuando estaba muriéndose de cáncer. Es un sinvergüenza, un ladrón, un canalla que se aprovecha de los más débiles - las palabras salían de su boca a borbotones. Lo odiaba y odiaba que su corazón se encogiese cuando pensaba en él - . Entraba y salía de nuestras vidas continuamente, convencía a mi madre diciendo que había cambiado, aunque siempre era mentira, hasta el final, cuando le robó todo su dinero. No tiene conciencia, no le importa nadie.

Y, sin embargo, ella siempre había querido creerlo. Aunque no solo había robado el dinero de su madre, también le había robado a ella sus tarjetas de crédito.

- Su sangre corre por mis venas, pero yo no soy como él. No me parezco nada a él. Da igual quién sea tu padre biológico, Alexander, tú sigues siendo tú mismo. No eres él, nunca serás como él.

Alexander la miraba, en silencio.

- No es fácil aceptarlo.

- No, no lo es, pero tienes que hacerlo. Tú eres único, tus experiencias son las que te marcan, no el ADN.

- Sí, lo sé - su sonrisa era una sombra de la habitual, pero al menos sonreía - . Gracias por contármelo.

- No me gusta pensar en él.

- Lo entiendo.

- Pero tú tendrás que decidir si quieres mantener una relación con Patricio.

Alexander negó con la cabeza.

- No quiero saber nada de él.

- Entonces, no tienes que volver a verlo - asintió Daisy . El móvil de Alexander empezó a sonar, pero él no se movió - . ¿No vas a responder?

Sin decir nada, él se lo ofreció y Daisy lo puso sobre el brazo del sofá, sin mirar la pantalla.

Dos personas decepcionadas que no podían olvidar el pasado.

- Estás cansado - murmuró - . Tienes que dormir un rato.

Daisy lo tomó de la mano y lo llevó hacia la escalera. Una vez en su habitación, le quitó la corbata, la camisa, el pantalón.

- Túmbate - murmuró.

- Quiero que te quedes.

- Voy a quedarme, pero solo para dormir - Daisy lo abrazó con todas sus fuerzas.

# CAPÍTULO DIEZ

Alexander no se movió, no podía hacerlo. Estaba demasiado contento. Daisy estaba tumbada a su lado, apretada contra él, calentándolo más que una manta. Y nada más importaba porque estar así era perfecto. Las preguntas, la necesidad de encontrar respuestas, la amargura, todo desaparecía como las nubes empujadas por el viento.

Todo lo que necesitaba en ese momento estaba allí.

Al amanecer volvió a mirarla. Seguía dormida, tan guapa. Nunca había visto a nadie tan hermoso y quería verla feliz. Quería que lo pasara bien y no solo en la cama.

El corazón le dio un vuelco al pensar eso. Estaba interesado en ella en todos los sentidos. El afecto que había mostrado la noche anterior había derretido algo dentro de él. Y que le hablase de su padre... sabía que eso no había sido fácil para Daisy .

Ella era muy reservada y quería proteger su intimidad, pero lo había hecho para ayudarlo. Y, en muchos sentidos, lo había conseguido. Había hecho que lo viese todo más claro, que la viese a ella de manera más nítida. Pero tenía que saber más. Necesitaba saberlo todo. Por qué estaba tan sola y qué esperaba que pasase si encontraba a su hermano.

Alexander saltó de la cama. Tenía que darse una ducha e ir a la oficina para hacer planes; se sentía en paz, más libre, menos angustiado por el asunto de Patricio. Y no podía pensar que todo eso era debido al sexo porque no habían hecho el amor.

Compartir los problemas... ¿sería tan sencillo?

Volvió a mirar a Daisy en la cama. No, no podía ser tan sencillo. Imposible.

Alexander, en vaqueros y camiseta, apareció en el almacén antes del almuerzo y Daisy lo miró, sorprendida.

- Nos vamos - dijo él, con una sonrisa en los labios.

- ¿Qué? ¿No deberías estar en la oficina?

- Vamos a hacer novillos.

Ella señaló el montón de papeles sobre su escritorio.

- No puedo.

- A Cara no le importará, ¿verdad que no, Cara? - Alexander aumentó su sonrisa con un guiño.

- Claro que no.

- ¿Dónde vamos? - le preguntó ella cuando salieron del almacén.

- He pensado que llevas dos semanas en Nueva Zelanda y lo único que has hecho es trabajar. No has tenido tiempo de pasarlo bien.

Estaba muy juguetón, pensó ella, mirándolo de soslayo. Nada que ver con el hombre cansado y amargado que había visto por la noche. Y eso la alegró.

- ¿Y qué vamos a hacer?

- Es una sorpresa. Te he traído vaqueros y zapatillas de deporte, por si quieres cambiarte.

Daisy se quitó la falda, riendo porque Alexander no dejaba de mirarla.

- ¡Concéntrate en la carretera!

Poco después detuvo el coche frente a un campo de fútbol. Había un par de autobuses aparcados de los que salían chicos y chicas adolescentes. Parecía una excursión escolar.

- Es uno de los colegios que patrocina la fundación y los profesores de gimnasia necesitan ayuda - Alexander hizo una mueca - . No es una gran sorpresa, pero... ¿te apetece?

Daisy miró el campo de fútbol, donde estaban colocando conos de color naranja.

- Sí, claro, me gusta hacer ejercicio.

- Lo sé - asintió él, con una sonrisa burlona.

Riendo, se acercaron al grupo de adultos que intentaba reunir a los chicos a golpe de silbato, formando grupos de ocho. Estuvieron un rato, practicando pases, corriendo de un lado a otro y, en general, participando en juegos de equipo.

Daisy observaba a Alexander. Era evidente que estaba disfrutando y ella no era del todo inútil. Le gustaban mucho las clases de defensa personal e ir al gimnasio. Era más bien curvilínea, pero eso no significaba que no estuviese en forma, y cuando le lanzaron una pelota alta, la atrapó de un salto.

- ¡Muy bien! - exclamó Alexander - . Me gusta ver a una mujer que no tiene miedo a las

pelotas.

- Y a mí me gusta jugar con ellas - respondió Daisy , con un gesto inocente que no lo engañó en absoluto.

Siguieron practicando durante más de una hora, mirándose de vez en cuando y compartiendo una sonrisa, pero lo mejor fue cuando empezó el rugby... una versión ligera, claro. Daisy gritaba, animando a su equipo; y Alexander hacía lo propio con el suyo hasta que el partido terminó.

- Los perdedores quieren la revancha. ¿Te apetece?

- Claro.

Algunos de los chicos no eran tan pequeños y Daisy sintió crecer su espíritu competitivo. El partido fue rápido, divertido. Corrían a toda velocidad, pero nadie podía competir con Alexander.

Al final, Daisy le preguntó:

- ¿No deberías haberlos dejado ganar?

- De eso nada. Está bien aprender a perder. Además, no nos respetarían si no jugásemos de verdad.

Tenía razón, pero Daisy no sabía si él había aprendido a perder.

- Nosotros nos encargaremos de guardar las cosas en el cobertizo - le dijo Alexander a uno de los profesores - . Será más fácil hacerlo cuando los chicos se hayan ido.

- Muy bien, gracias.

- Adiós, Alexander - se despidió una chica.

- Nos vemos - respondió él.

Daisy vio como se comía a Alexander con la mirada antes de salir corriendo y sonrió. Entendía lo que sentía.

- Yo meteré las pelotas - dijo Alexander - . Puedes ir pasándomelas.

- Gracias - murmuró Daisy , que no tenía intención de entrar en un cobertizo sin ventanas.

- ¿Por qué te sientes atrapada en los sitios pequeños? - le preguntó él cuando terminaron y volvían al coche.

Ella tragó saliva.

- Pues...

Había ocurrido muchos años atrás y Daisy intentaba no pensar en ello.

- No fue nada, una tontería.

Nadie salvo su madre sabía lo que había pasado aquel día y salvo él.

- No quiero contarlo.

- ¿Por qué no?

- Porque no fue nada.

- Debió ser algo si aún te afecta - insistió Alexander - . Si no me lo cuentas, te dejaré al borde del orgasmo durante tanto tiempo que no serás capaz de caminar en tres semanas.

Daisy soltó una carcajada.

No iba a dejarlo estar, eso era evidente. En fin, le contaría la versión abreviada.

- Me encerré en un armario cuando tenía catorce años y estuve horas encerrada - intentó reír, pero la risa sonó falsa - . Un día apareció en casa el novio de mi madre cuando ella estaba trabajando. Solía darle una llave a sus novios y no me gustaba cómo me miraba ese tipo.

Daisy pensó que cuanto antes lo dijese, antes lo olvidaría.

- Y te escondiste.

- Entró en casa y empezó a llamarme, pero él sabía que mi madre estaba trabajando, así que me metí en el armario. Lo oí entrar en mi habitación y se quedó durante lo que me pareció un siglo, hasta que no sabía si seguía allí o se había ido.

Le daba pánico moverse. Solo podía escuchar los latidos de su corazón y le dolían los oídos por el esfuerzo de aguzarlos para captar algo, el menor sonido, temiendo que estuviera esperándola al otro lado de la puerta y la tirase en cualquier momento.

Y no se había equivocado.

- ¿Qué pasó?

- Que rompió la puerta del armario - Daisy dio un respingo, perdida en los recuerdos.

- ¿Qué?

- Sabía que yo estaba allí. Lo sabía. Esperó y esperó hasta que se cansó de esperar y entonces tiró la puerta.

Alexander masculló una palabrota.

- ¿Y qué hiciste?

- Al principio no pude hacer nada, estaba paralizada. Pero entonces me puse a gritar. No paraba de gritar. Pero ese momento, ese momento infinito cuando no era capaz de encontrar su voz, había sido Ia raíz de sus pesadillas durante mucho tiempo.

- ¿Qué te hizo, Daisy?

Ella sacudió Ia cabeza. Un par de hematomas no era nada comparado con Io que podía haber pasado.

- Una vecina me oyó gritar y empezó a golpear Ia puerta, amenazando con llamar a Ia policía. Él Ia apartó de un empujón y salió corriendo.

- ¿Llamaste a Ia policía?

- No - respondió Daisy . Estaba demasiado asustada - . Cambiamos Ia cerradura y luego nos mudamos de casa, pero poco después mi madre Ie dio Ia llave a otro novio y yo empecé a tomar clases de defensa personal. Se me da muy bien.

O eso creía. Afortunadamente, nunca había tenido que comprobarlo.

Alexander se quedó callado durante unos segundos.

- Pero te siguen asustando Ios espacios cerrados - dijo después.

- Una bobada, ¿no? - Daisy rio, pero Ia risa seguía sonando falsa - . Ocurrió hace muchos años y ya debería haberlo superado. No pasó nada, soy una cobarde.

- No digas eso. No restes importancia a Io que pasó. Debiste asustarte mucho.

- No podía respirar - Ie confesó eIla.

- Ese hombre quería hacerte daño - eI rostro de Alexander era una máscara de rabia - . Te hizo daño.

- No, no me hizo nada.

- Tal vez podría haber sido peor, pero te hizo daño - insistió él, apretándole Ia mano - . Tu madre tenía muchos novios.

Daisy se puso a Ia defensiva. Pero no estaba juzgándola. Solo era un comentario, y, tenía razón.

- Cada vez que se enamoraba pensaba que era eI hombre de su vida - empezó a decir, sacudiendo Ia cabeza - . Era tan ingenua, una tonta romántica, pobrecita. Dejaba que Ia pisoteasen porque pensaba que así Ia querrían. Yo no seré tan tonta.

- No todos Ios hombres quieren aprovecharse.

- ¿No? Pues él siguió aprovechándose hasta eI día que murió. Siempre volvía.

Cómo podía su madre aceptarlo era algo que jamás entendería. Su padre era, entre otras cosas, un estafador convicto. ¿Cómo podía haber creído que iba a cambiar? Claro que también ella había querido creerlo.

Había querido que la quisiera porque era su padre y, en lugar de eso, las había utilizado a las dos.

- Querías mucho a tu madre, ¿verdad?

- Vivimos solas durante mucho tiempo.

Esos eran los buenos tiempos, cuando su madre no tenía un hombre a su lado, cuando no se convertía en lo que ellos querían que fuera. No entendía por qué lo hacía cuando era una persona encantadora, divertida y generosa. Pero también era dependiente y creía que no podía ser feliz sin tener un hombre al lado.

- Así que decidiste tener novios juguete en lugar de relaciones - dijo Alexander.

¿Era eso lo que había pasado?

Daisy arrugó la nariz. No debería haberle contado esa tonta mentira.

- Bueno...

- ¿Cuántos ha habido?

- ¿Qué es esto, un interrogatorio?

Él rio.

- Seguro que no más de uno, dos como máximo.

- ¿Qué es lo que quieres saber? ¿Crees que alguien me ha roto el corazón y por eso no quiero saber nada de los hombres?

- Tal vez. Y si es así, quiero saber quién y cómo.

- No es que reniegue de los hombres. No me acostaría contigo si fuera así - Daisy se dio la vuelta y salió corriendo - . ¡Te echo una carrera hasta el coche!

Mientras corría, los viejos recuerdos viajaban más rápidos que sus pies. Sí, después de una adolescencia haciendo todo lo posible para no quedarse embarazada por error, como le había pasado a su madre, por fin se había enamorado de un vecino.

Él la perseguía a todas horas y era encantador... o eso había creído. No sabía que los chicos del barrio habían hecho una apuesta, pero al parecer ganó una caja de cervezas por ser el primero que se acostaba con ella. Había ido presumiendo por ahí después de traicionar sus secretos...

Había sido tan ingenua entonces que le daba vergüenza y no quería contárselo a Alexander. Ya le había contado más que suficiente.

Él llegó a su lado cuanto tocó el coche y supo que lo había hecho a propósito para que creyese que podía ganarle.

Daisy se apoyó en el capó, intentando llevar oxígeno a sus pulmones, pero era imposible. Ya no podía tocar el fondo de la piscina en la que estaban nadando. Aquello la superaba. No quería que fueran amigos, no quería que aquello terminase.

Daisy sintió un escalofrío. ¿Era ese sentimiento lo que había hecho que su madre actuase de manera tan estúpida una y otra vez? ¿La razón por la que no veía los defectos de los hombres cuando se enamoraba? ¿Pero cuáles eran los defectos de Alexander? Ah, sí, no quería saber nada de relaciones, solo le interesaba el sexo y ella era su diversión del momento.

¿Pero y la noche anterior? No había sido una noche de placer, al contrario. Alexander le había abierto su corazón, contándole cosas que no le había contado a nadie más, cosas que le dolían. Y ella también le había abierto el suyo, cuidando de él, preocupándose. Y esa noche le había robado el pedacito de corazón que faltaba.

- ¿Vamos al cine?

- Muy bien - asintió Daisy .

Si esperaba que, llevarla a ver una película de terror, hiciera que Daisy saltara sobre su regazo, se había equivocado. No, su luchadora no se asustaba por una película. Eran cosas más sutiles las que la asustaban. Como que la llamase Daisy .

- Es un nombre muy bonito - le dijo.

- Prefiero que me llamen Daisy .

- ¿Daisy , como un chico?

Ella levantó la barbilla.

Sí, eso era. Como si abreviar su nombre, pudiese hacer que los hombres no la vieran como una mujer. Quería esconderse de la sucesión de hombres en la vida de su madre, por eso fingía ser agresiva y sarcástica, por eso le había contado esa mentira sobre sus relaciones con los hombres. No confiaba en la gente y era comprensible. Demonios, él sabía lo difícil que era confiar en los demás y Daisy tenía muchas razones para no hacerlo. Como él, había sido traicionada por alguien en quien debería haber podido confiar por completo, su padre.

Y si había decidido convertirse en su caballero andante, cortejarla y ganarse su confianza, no debería hacerle el amor esa noche. Debería darle un beso, abrazarla y despedirse hasta el día siguiente.

Pero no había conquistado los mercados financieros siendo flemático. No, él veía una ventaja y la aprovechaba. Y aquella era una ventaja que iba a utilizar porque no podía evitarlo.

Cuando llegaron a casa la tomó entre sus brazos, pero mientras la besaba experimentó un nuevo sentimiento. Podría besarla durante horas y decidió hacerlo. Le encantaba la promesa que había en sus ojos, la sensación de que todo estaba donde debía estar. No quería acostarse con nadie más, pero sobre todo quería verla feliz.

De verdad quería verla feliz.

# CAPÍTULO ONCE

Daisy se apartó para mirarlo. Para mirarlo de verdad. Él no dijo nada, pero le sostuvo la mirada de manera directa. No podía hablar, no podía moverse, solo podía ver esa promesa en sus ojos.

Alexander se movió para besarla de nuevo, lentamente, con una insoportable contención. Besos lentos, besos que se hacían cada vez más profundos. Besos que, se dio cuenta entonces, estaban llenos de infinita ternura. Y eso la hizo temblar.

- Tenemos toda la noche - murmuró, besando sus párpados cerrados.

La hacía sentir como si fuera para siempre...

Esa ternura hacía que se deshiciera. Llovían besos en su cara, su cuello, sus hombros y de vuelta otra vez a su boca. Y ella se los devolvía con la misma ternura. Necesitaba tocarlo, acariciarlo, demostrarle cuánto le importaba. Lo maravilloso que era.

Fueron al piso de arriba sin decir nada, disfrutando de la maravilla del momento. La magia entre ellos era demasiado poderosa como para permitir nada que no fuese la verdad.

Por fin, de manera inevitable, la pasión se apoderó de ellos. Las caricias se volvieron más firmes, más rápidas, como sus respiraciones. La emoción que hacía que se apretase contra él no nacía solo en su vientre sino en su corazón. Quería estar más cerca, que fueran solo uno. Y lo fueron.

Sus manos se entrelazaban, sus cuerpos se enredaban; sus alientos mezclándose. Daisy lo miraba a los ojos, maravillada, y él pronunciaba su nombre en voz baja mientras entraba en ella, haciéndola gritar de gozo.

Mucho después Alexander se apartó, llevándola con él. La tumbó sobre su ancho torso, abrazándola para mantenerla calentita y a salvo. Sin embargo, ella seguía sintiendo como si volase. Como si hubiera sido liberada de algo, no sabía de qué.

Alexander hacía círculos en su espalda con los dedos hasta que por fin, lentamente, sus respiraciones volvieron a la normalidad. Y, completamente en paz por primera vez en mucho tiempo, Daisy se quedó dormida.

Alexander oyó su móvil. Estaba en el bolsillo del pantalón, que había quedado tirado en mitad de la escalera.

Con cuidado para no despertar a Daisy , saltó de la cama y bajó a la cocina. Solo tardó un par de minutos en lidiar con la llamada, pero, por costumbre, comprobó los mensajes que había recibido mientras estaba perdido en Daisy ... y tragó saliva.

Media hora después, cortaba la comunicación con el investigador y miraba por la ventana el jardín oscuro, intentando decidir cómo iba a contárselo a ella. No quería hacerlo. Nunca se había creído cobarde, pero en aquel momento lo era. Daisy no quería estar sola. Sí, había dicho que no quería saber nada de relaciones, pero sí quería una familia. Por eso buscaba a su hermano. Quería esa clase de relación, ninguna otra. Qué estúpido por su parte sentir celos. ¿Y por qué los había sentido?

Porque la quería para sí mismo. Quería una relación con ella.

Pero no así. No tenía que ser o lo uno o lo otro. Debería tenerlo todo y no podía soportar ser él quien destruyera sus esperanzas. Pero tendría que decírselo. ¿Por qué no la despertaba para contárselo inmediatamente? Porque no quería que se fuera.

Una vez que lo supiera se marcharía de su vida. Lo sabía, estaba convencido. No había tenido tiempo de levantar el puente que nunca antes le había interesado, que no volvería a levantar nunca, y tenía miedo de perderla.

De modo que no lo haría, aún no. Esperaría hasta que despertase. Además, aún faltaban los resultados del laboratorio. Justificaría el retraso de alguna forma, esperaría hasta tener las pruebas y luego se lo contaría.

Subió de nuevo a la habitación y miró a Daisy , dormida. Con cuidado, se tumbó a su lado y la envolvió entre sus brazos, acariciándole el pelo.

Pero sentía un peso en el corazón. Desearía que todo fuese diferente. Era horrible que Patricio quisiera hacer las paces con él, pero que Daisy no tuviese nada, que quisiera algo que no podía tener...

Esperó, mirando cómo el cielo se iba iluminando poco a poco, deseando poder hacer un trato con Dios o con el demonio, esperando sin esperanza. Porque había cosas que no se podían cambiar.

Cuando Daisy despertó, el sol entraba a raudales por la ventana y, al ver que Alexander seguía a su lado, se sintió absurdamente tímida.

- ¿No deberías estar respondiendo a un millón de llamadas?

Alexander consiguió esbozar una sonrisa. ¿No estaba contenta en la cama con él? Su

luchadora se sentía incómoda cuando pasaba demasiado tiempo con ella. Una pena, porque pensaba pasar mucho más.

Era como una gata salvaje. Si alargabas una mano para acariciarla, intentaba arañarte. Aunque por dentro anhelaba esa caricia, su primer instinto era defenderse porque no sabía si ibas a hacerle daño. Pero él podría soportar unos cuantos arañazos. Merecía la pena, porque cuando se relajaba era la mujer más dulce del mundo... con un punto de peligro muy interesante. Ya no estaba jugando, no estaba intentando olvidar sus problemas, ya no era una simple distracción. Era ella.

Hacía falta tiempo para ganarse la confianza de alguien, y ellos no tenían mucho, de modo que debía aprovechar cualquier ventaja.

Tragándose el sentimiento de culpa, alargó una mano hacia ella. Quería que disfrutase aquel día, que no lo supiera aún. Le quedaban unas horas hasta que tuvieran la total certeza de estar en lo cierto. Entonces, se lo contaría.

- Es un estreno teatral, ¿verdad? - le preguntó Daisy al día siguiente, mientras se cambiaban de ropa en la habitación.

Alexander asintió con la cabeza.

Se pasó las manos por el vestido negro. Iba a tener que comprar otro. No podía seguir poniéndose ese vestido cada vez que tenían que acudir a un evento.

El móvil de Alexander sonó de nuevo y, después de mirar la pantalla, se dio la vuelta para responder mientras ella se inclinaba hacia el espejo para colocarse el prendedor.

- Daisy ...

Ella levantó la mirada, sorprendida por su tono. Estaba pálido.

- ¿Qué ocurre?

Fuera lo que fuera, no podía ser bueno. Tenía peor cara que cuando le habló de Patricio... pero no se trataba de eso.

- Lo has encontrado.

- Sí.

Le daba miedo preguntar. Su aspecto era tan solemne. ¿Por qué? ¿Qué había pasado?

- ¿Por qué estás tan serio?

- Porque no es lo que tú esperabas.

- ¿No quiere conocerme?

- No - Alexander llevó oxígeno a sus pulmones - . Ha muerto, Daisy .

- ¿Qué?

- Su nombre era Jack Parker. Fue adoptado por una buena familia y estaba a punto de entrar en el negocio familiar... para trabajar con su padre.

Daisy no podía moverse.

- ¿Qué pasó?

Tenía que saberlo. Cuándo, cómo, por qué... ¿de verdad había dicho que su hermano había muerto?

- Un accidente de coche. No fue culpa suya, estaba en el sitio equivocado en el peor de los momentos.

- Ha muerto.

- Estuvo en coma durante un par de días y... ocurrió hace cinco años.

El corazón de Daisy se detuvo durante una décima de segundo. Cinco años. Había muerto antes que su madre. Había muerto antes de que ella supiese de su existencia. Tuvo que hacer un esfuerzo para tragar saliva, porque no encontraba oxígeno.

- Fue adoptado por una buena familia. ¿Lo quisieron?

- Sí - respondió Alexander - . Y quieren conocerte a ti, si tú estás dispuesta. Tienen fotografías y te contarían cosas de él.

Daisy inclinó la cabeza.

- No creo que sea buena idea.

- Pero...

- Ahora lo sé, eso es todo lo que importa. Se ha terminado.

No quería pensar en eso, ya no. No podía. Jack Parker.

Intentó olvidar ese nombre porque no quería que se volviese real. Lo que necesitaba en ese momento era olvidar, y para ello podía utilizar el mayor opiáceo que tenía a mano. Se volvió hacia Alexander, sin mirarlo a los ojos, solo su ancho y acogedor torso, imaginando los músculos bajo el esmoquin. Sí, era el perfecto instrumento de placer.

- Daisy , tienes que...

- Necesito acción - lo interrumpió ella, dando un paso adelante.

- Tenemos que hablar.

- No - Daisy negó con Ia cabeza, apretándose contra él - . Necesito esto, nada más.

Pero Alexander sujetó sus manos cuando iba a acariciarlo.

- Esto es importante, Daisy . Puedes llorar, no pasa nada.

Ella no quería llorar. No quería sentir nada, solo quería olvidar. Porque si no olvidaba, y pronto, tendría que apoyarse en Alexander y llorar con toda su alma. Ella nunca lloraba y menos delante de alguien. No iba a ser débil, no iba a ser vulnerable. Le dolía demasiado eI corazón, y si Io reconocía, Ie dolería aún más y no podría soportarlo.

- No hay nada que lamentar. Ni siquiera nos conocimos. Solo quería saber... por mi madre. Y ahora Io sé.

- Tú querías una familia. Querías tener a alguien.

Ella negó con Ia cabeza de nuevo.

- No necesito a nadie.

- Daisy ...

Ella se irguió, decidida a no llorar.

- ¿Estás seguro? Quiero decir, no hay ninguna duda, ¿verdad? ¿Era él?

- La prueba de ADN Io demuestra.

- ¿La prueba de ADN? - Daisy se apartó - . ¿Qué prueba de ADN? ¿Has hecho una prueba sin decirme nada? ¿Cómo has podido hacerlo... me has arrancado un pelo o algo así?

- Escúchame... - Alexander Ia sujetó por Ios hombros.

- ¿Has sacado eI cadáver de su tumba? No Io entiendo. ¿Cómo has podido...? ¿Desde cuándo Io sabes? ¿Por qué no me habías dicho antes que habías localizado a mi hermano?

Era mejor ponerse furiosa. Sí, Ia furia Ia ayudaba a no sentir dolor.

- No quería que te hicieras ilusiones hasta que estuviéramos seguros deI todo. No quería hacerte daño.

- Entonces, anoche Io sabías.

- Lo descubrí muy tarde, cuando ya te habías quedado dormida. Pero hemos recibido Ia confirmación deI laboratorio ahora mismo.

Entonces, Ia ternura de esa mañana había sido en realidad compasión.

- Eres un canalla, Alexander. Eres un bastardo...

- Lo sé.

- Por favor, ¿sigues dolido por lo de tu padre? Olvídalo de una vez.

Estaba tan dolida, tan angustiada, que quería hacerle daño también a él.

- Daisy ... - Alexander apretó sus hombros - . No vas a pagarlo conmigo.

Quería besarla para que no siguiera hablando. Como un animal atrapado, pensaba que la única manera de escapar era atacando. La apartó para que pudiese mirarlo a los ojos. Quería que bajase la guardia, quería consolarla. Estaba desolada, pero intentaba negarlo obstinadamente.

- Tienes razón - dijo ella - . Lo siento.

Alexander vio, impotente, cómo se cerraba, dejándolo fuera por completo. Era como si estuviese convirtiéndose en mármol ante sus ojos.

La intimidad entre ellos había desaparecido por completo. Lo miraba como si fuera un extraño. No confiaba más en él que el primer día. Sus ojos castaños casi parecían negros, como pozos sin fondo en un rostro demasiado pálido. Y se le encogió el corazón.

- Daisy ...

- Voy a... pintarme los labios.

- Acabas de pintártelos.

Estaba huyendo porque no quería enfrentarse con la realidad.

- Tenemos que ir a un estreno, ¿no? - murmuró ella.

- Llamaré para cancelar las entradas...

- No tienes por qué hacerlo.

Daisy Beard no se hundía. Lo negaría todo. Se negaría a admitir debilidad, dolor o necesidad de ningún tipo, pero todo eso aparecería tarde o temprano, y Alexander quería estar allí cuando ocurriese.

Una hora o dos en el teatro podrían darle tiempo para reflexionar, pensó. En cualquier caso, no iba a concentrarse en la obra.

Él no estaba consiguiendo nada en ese momento, y no quería que hiciese las maletas. Y lo haría si se quedaban en casa.

- ¿Seguro que quieres ir?

- Claro que sí - respondió Daisy mientras se ponía los zapatos.

- Entonces, vamos.

Fue un infierno. Diez minutos después de entrar en el teatro, Alexander quería marcharse. Daisy parecía un zombi. Apretaba su mano, pero estaba helada. Le dolían los ojos de intentar ver su expresión en la oscuridad.

- Vamos - murmuró cuando llegó el entreacto.

Estaba temblando. ¿La impresión se habría pasado y estaría enfrentándose con la realidad? Quería que hablase con él, que le confiase sus penas. Tenía que llevarla a casa.

- Voy al servicio a arreglarme un poco...

En otras palabras, iba a ponerse la armadura. Pero estaba tan pálida que no iba a funcionar en aquella ocasión. Cuanto antes llegasen a casa, mejor. Allí la abrazaría y la dejaría llorar todo lo que quisiera. Daisy lo necesitaba, él lo necesitaba.

Ella lo siguió hasta el coche intentando no pensar, pero tenía que salir corriendo, esconderse de la verdad.

- Voy a volver a Australia - murmuró.

- Aún no. Has recibido una impresión muy fuerte y necesitas tiempo para acostumbrarte a la idea.

- Quiero irme.

- ¿No quieres hablar? ¿No crees que los dos necesitamos consuelo en este momento? Como mínimo, somos amigos, ¿no?

¿Amigos? Esas palabras le helaron el corazón. Había dicho que no podían ser amigos y era cierto. Alexander era mucho más que eso.

- Tienes otros amigos. Tienes a Lorenzo.

- No le he hablado de mi padre. No se lo he contado a nadie más que a ti.

Daisy sintió como si un montón de mariposas revoloteasen en su corazón. Era una bobada sentirse tan conmovida por esa implicación de intimidad, de confianza. Ella había estado allí en ese momento por casualidad, cuando él necesitaba compartirlo con alguien. No podía creer que fuera más que eso. No podía creer nada en ese momento.

- De verdad que quiero irme, Alexander.

- Esta noche no.

En realidad no tenía adónde ir, pero no quería su compasión.

- Necesito estar sola.

Alexander tragó saliva.

- Lo entiendo.

- Le prometí a Sara que iría a la reunión el lunes para ver su presentación. Me iré después de eso.

No podía defraudarla. Ya había defraudado a su madre.

Habían llegado a casa y se quitó el cinturón de seguridad, pero Alexander no se movió. Estaba mirando la pared del garaje. Sin decir nada, bajó del coche y entró en la cocina. Lo decía en serio, necesitaba estar sola para alejar a sus demonios. Pero Alexander fue tras ella y le tomó la mano.

- Sabes dónde estoy si me necesitas - dijo con voz ronca.

Luego la soltó y se dirigió al piso de arriba sin mirar atrás.

Daisy se quedó mirando al vacío cuando desapareció, incapaz de moverse, incapaz de pensar.

Pero no podía necesitarlo más.

Por la mañana, Daisy entró en la cocina y miró la bandeja sobre la mesa.

- Esta noche te quedas en casa - Alexander le tocó la nariz con un dedo - . Estás muy cansada.

También debía estarlo él, pero ya se había puesto el traje de chaqueta para ir a la oficina.

- Debería irme.

- Quédate, Daisy . Tienes que hacerlo.

Después de decir eso se marchó antes de que ella pudiese replicar.

Daisy miró la bandeja que había preparado para ella: ensalada de fruta, zumo, tostadas... y una carpeta. No tenía que abrirla para saber lo que era: la información del investigador privado. La había dejado allí deliberadamente.

Jack Parker. ¿Se atrevía a saber algo más? ¿Podría soportarlo?

Se sentó al borde de una silla y abrió la carpeta. Era un informe con fechas, nombres de colegios, universidades. Era como un currículo. ¿Cómo podía la vida de alguien quedar reducida a unos cuantos folios?

Pero cuando pasó la página tuvo que tragar saliva.

Fotos de un bebé, de un niño, de un joven. Ojos castaños, pelo castaño.

Como ella. Tan parecido a ella. Daisy cerró la carpeta, con el corazón encogido. No podía hacerlo, no podía ver lo que había perdido antes de haberlo encontrado. No podía soportar la idea de haberle fallado a su madre.

Se levantó y dejo caer la carpeta sobre la mesa. No podía quedarse sentada allí llorando todo el día. Tenía que ir a trabajar en la fundación. No iba a defraudar también a Cara.

Cara levantó la mirada cuando entró en la oficina.

- Ah, pensé que no ibas a venir. Alexander me ha dicho que no te encontrabas bien.

- Solo era una jaqueca - murmuró Daisy - . Si tú puedes trabajar con náuseas matinales, yo también puedo hacerlo.

Cara rio.

- Yo nunca he tenido náuseas, afortunadamente. Desde que me quedé embarazada estoy mejor que nunca.

- ¿Nunca te has encontrado mal?

- No, nunca. Es como si no estuviera embarazada.

¿No tenía náuseas? Daisy empezó a entenderlo todo.

- Entonces, no me necesitas aquí, ¿verdad?

- Bueno... - Cara se puso colorada - siempre hay mucho que hacer. Normalmente, contamos con otros voluntarios, pero ahora te tenemos a ti y...

Daisy sintió que la frente se le cubría de un sudor helado.

- ¿Tú haces esto voluntariamente?

- Bueno... es que yo no necesito trabajar.

Lo decía como si fuera algo de lo que sentirse avergonzada.

¿Cómo no se había dado cuenta antes? Cara llevaba la fundación como voluntaria mientras ella cobraba un buen sueldo siendo una trabajadora temporal.

Pero ese sueldo no lo pagaba la fundación, sino Alexander. Ella era la obra benéfica, pensó, sintiendo un escalofrío. Todo aquello era una farsa. Alexander se había sentido culpable y estaba solucionando el asunto porque lo consideraba su deber. Era deber, no deseo. Y compasión.

Aunque también había querido jugar con ella durante unos días, no había querido que aquello se complicase tanto porque ella no estaba a la altura de las expectativas de los Baldwin. Ella no era como Cara.

- Cara, lo siento, pero la verdad es que me duele mucho la cabeza - Daisy se levantó, intentando disimular su angustia.

- Ah, vaya. ¿Quieres que...?

- Me iré a casa, creo que es lo mejor.

¿A casa? Ella no tenía casa a la que ir.

Corrió a su habitación en cuanto llegó a casa de Alexander y tardó un momento en guardar sus cosas en la maleta, pero estaba cerrando la cremallera cuando oyó que se abría la puerta del garaje.

Alexander subió las escaleras a la velocidad de Superman.

- Me ha llamado Lorenzo - le dijo, mirando la maleta - . ¿No pensabas dejarme una nota siquiera?

- Sí.

- ¿La has escrito ya?

- No.

- Entonces, dímelo a la cara.

- Ya no tengo que quedarme, Alexander. He descubierto lo que quería.

- ¿Y la reunión con Sara?

- Ella no me necesita. Seguramente no se dará ni cuenta de que no estoy. Y Cara tampoco me necesita, ¿verdad? - le preguntó, sin poder disimular su amargura.

- ¿Y yo qué?

- Tú tampoco me necesitas.

En una semana la habría reemplazado por otra.

- ¿Y si te dijera que sí? - Alexander dio un paso adelante - . ¿Y si te dijera que quiero que te quedes? ¿Lo harías?

Daisy negó con la cabeza porque no confiaba en él. ¿Cuánto tiempo la desearía? ¿Cuánto tiempo hasta que fueran solo amigos? No podría soportarlo.

- ¿Y si te dijera que entre nosotros hay algo especial?

- Lo que hay entre nosotros es sexo, nada más.

- Así que vas a salir corriendo. ¿Vas a alejarte de mí, de esto que hay entre nosotros?

Alexander le ofreció la carpeta de Jack.

- No la quiero - dijo ella, con la voz rota - . No quiero...

- ¿Qué es lo que no quieres?

- Quedarme.

- No voy a dejar que te marches.

- No puedes detenerme - Daisy tomó la maleta.

- Te crees muy dura, pero no lo eres. Estás asustada. Eres una cobarde.

¿Y qué si tenía razón? ¿Y qué si estaba muriendo por dentro?

No iba a mantener una aventura que no tenía futuro.

- Te dije desde el principio que no quería saber nada de relaciones.

- ¿Y qué crees que hay entre nosotros ahora? Estamos viviendo juntos, hacemos el amor. ¿Eso no es una relación?

- No hacemos el amor, nos acostamos juntos, sin compromisos, sin complicaciones.

- Eso no es verdad.

¿Por qué insistía en decir que tenían una relación? Se sentía culpable por ella, creía que era su deber cuidar de ella, pero Daisy no quería ser su proyecto benéfico.

- Somos compañeros de casa con derecho a roce y nada más. Nada de relación.

- Eso es ridículo. ¿Qué tengo que hacer, Daisy? - Alexander la sujetó del brazo - . ¿Cuándo vas a enfrentarte con tus miedos? ¿Cuándo vas a confiar en alguien? Porque hasta que lo hagas vas a estar completamente sola.

- Eso es lo que quiero - murmuró ella.

Porque estar sola significaba no volver a sufrir.

- Quiero que te quedes - dijo Alexander entonces - . Te deseo, Daisy .

Ella corrió hacia la puerta.

- ¿No has oído lo que he dicho? Te deseo.

Pero eso no duraría, el deseo moriría tarde o temprano. Estaba con ella porque se sentía responsable de lo que había pasado, porque sentía compasión por ella. Y nada de eso duraría, de modo que se volvió, con la maleta en la mano.

- Pero yo no te deseo a ti.

- Mentira, tú me deseas tanto como yo. No puedes decirme que no...

- ¡No! - gritó eIla - . Claro que puedo decirlo. No te deseo.

Y era cierto. No Io quería así. No quería algo que terminaría tarde o temprano, algo que no era real.

# CAPÍTULO DOCE

- Tienes que salir de la oficina, Alexander.

- Tendrás que ir solo esta noche, Renz. Lorenzo dejó escapar un suspiro.

- Venga, levántate. ¿No has dormido nada?

Tres días. Tres largos y miserables días sin pegar ojo. No, no había dormido nada. La pelea con Daisy se repetía una y otra vez en su cabeza...

¿Podría haber sido más tonto? Decirle esa tontería... «no voy a dejar que te marches». Como si pudiese retenerla. Ojalá.

Le seguía doliendo en el alma que ella no hubiese querido darle una oportunidad.

- ¿Sabes algo de Daisy? - le preguntó Lorenzo.

- No.

- ¿Sabes dónde está?

- Sí - respondió Alexander.

El investigador había seguido sus pasos. Nunca antes había contratado un detective, pero en el último mes había gastado más dinero que la mujer de un futbolista en bótox.

- Pero ese no es el asunto. Quería que Daisy volviese por voluntad propia, pero eso no iba a pasar.

- ¿No vas a ir a buscarla?

- No.

Alexander se quedó pensativo cuando su amigo se marchó. Podía esperar otro día, tal vez dos, pero luego iría a buscarla. No sabía qué iba a decirle o cómo iba a convencerla, pero lo haría.

Miró el móvil. Tenía un mensaje que no podía seguir ignorando.

- ¿Alexander? - respondió Patricio, sorprendido.

- Siento no haberte llamado antes - dijo él, haciendo una mueca. ¿Por qué estaba disculpándose?, se preguntó, enfadado consigo mismo - . Mira, yo ya tuve un padre y era fantástico, no necesito otro.

Patricio se aclaró la garganta.

- Lo entiendo.

Alexander cerró los ojos. ¿Ese tono tan decepcionado sería auténtico? Lo parecía.

- Pero tal vez... en fin, tal vez me vendría bien un amigo.

No sabía si sería posible. Había un abismo entre ellos en ese momento, pero había aprendido algo de Daisy: las cosas nunca eran blancas o negras y, además, era tan difícil decirle a alguien a quien querías algo que iba a dolerle.

Su madre había querido protegerlos a él y a Samuel. Entendía que a veces la gente mentía y si Patricio quería otra oportunidad podía dársela. ¿Por qué no?

- Eso sería estupendo - dijo Patricio, sin poder disimular la emoción - . Gracias.

- Pensé que ya habrías vuelto a casa - Daisy , sentada en un café del puerto, levantó la mirada.

Lorenzo, tan inescrutable como siempre. ¿Cómo la había encontrado?

- Me voy mañana.

- Entonces, tienes que ir a verlo.

Ella negó con la cabeza.

- Alexander estaba haciéndome un favor porque se sentía culpable.

- Mira, yo conozco a Alexander desde hace muchos años y sé que nunca ha hecho algo que no quisiera hacer. Es un tipo listo, sabe lo que hace - dijo Lorenzo - . Nunca antes había vivido con una mujer. Podría haberte llevado a un hotel, podría haberte dado dinero...

- Es demasiado responsable como para eso. Quería asegurarse de que yo estaba bien.

- El Alexander al que yo conozco jamás se habría llevado a casa a una mujer por miedo a que ella tuviese una impresión equivocada. Nunca ha engañado a nadie ni ha dejado que se hicieran ilusiones, pero parece que tú te has llevado una impresión equivocada - Lorenzo se sentó a su lado - . No quiero ver sufrir a mi amigo, Daisy . Y parece que tampoco tú estás pasándolo bien.

Para ella no había sido solo sexo. Había sido... todo. En su corazón, una llama de esperanza se negaba a morir y las palabras de Lorenzo solo servían para alimentarla.

- ¿Tú crees que es sincero?

- Eso es algo que debes preguntarte a ti misma.

Fue entonces cuando se dio cuenta de lo valiente que había sido su madre por arriesgarse, por querer creer en el amor. Aunque le rompiesen el corazón, siempre lo había intentado, siempre se había arriesgado.

Ella había luchado para ser fuerte, independiente, pero en realidad no lo había sido. Era lo que Alexander había dicho que era: una cobarde. ¿Habría tenido razón sobre otras cosas?

Pensó entonces en Jack. Su vida había terminado antes de tiempo. Y su madre también había muerto joven, así que tenía que arriesgarse, tenía que hacerlo por ellos. Debía ser valiente.

- ¿Puedo pedirte un favor, Lorenzo?

Eran las nueve y Alexander seguía en su despacho. Unos minutos después salió al balcón sin importarle el frío. Necesitaba sentir el viento helado en la cara para olvidar la voz furiosa que le gritaba. Su propia voz regañándolo por haber metido la pata. Y luego otra voz preguntándose cómo iba a solucionarlo. No podía dejar de darle vueltas porque nada calmaba el dolor de su ausencia.

Volvió a entrar en el despacho cuando sonó su móvil.

- ¿Qué?

- ¿Dónde demonios estabas? - preguntó Lorenzo.

Alexander enarcó una ceja.

- Había salido a tomar el aire.

- ¿Sin el móvil?

- ¿Qué quieres, Lorenzo?

- Me ha llamado. Quiere verte, pero lleva mucho rato esperando.

- ¿De quién hablas?

- Mira tu correo, te he enviado el enlace. Se supone que estabas delante del ordenador, no tomando el aire.

Alexander pulsó el enlace y abrió la boca, sorprendido, al ver las imágenes de la cámara de seguridad.

No podía ser.

- Será mejor que te des prisa - dijo su amigo - . Lleva quince minutos esperando y

seguramente cree que no vas a aparecer.

- ¿Por qué está en el ascensor?

- Fue idea suya...

Alexander soltó el teléfono y salió corriendo.

Quien hubiera dicho que enfrentarte a tus miedos era la manera de librarte de ellos, estaba mintiendo, porque ella no estaba superando sus miedos para nada. De hecho, estaban empeorando por segundos. Se imaginaba subiendo y bajando en el ascensor durante días, muriéndose de hambre, convirtiéndose en un esqueleto que descubrirían meses más tarde.

Cuando Alexander lo descubriese se limitaría a hacer una mueca de contrariedad. Porque no era verdad, no la quería. Si la quisiera, ya estaría allí. Daisy apartó una lágrima de un manotazo, enfadada consigo misma. Ella nunca lloraba. Nunca, jamás.

Pero otra lágrima rodó por su mejilla y luego otra. No podía parar.

Volviéndose para darle la espalda a la cámara de seguridad, metió la mano en el bolsillo... pero no llevaba pañuelo, así que tuvo que secar las lágrimas con la mano.

El ascensor había dejado de moverse, pero no se molestó en pulsar el botón. Se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Con un poco de suerte, Lorenzo se compadecería de ella e iría a buscarla tarde o temprano para decirle que Alexander no iba a aparecer.

Sí, así era. El ascensor estaba moviéndose. Daisy enterró la cara entre las manos. No quería verlo. Humillada, asustada, no podía respirar. El dolor era insoportable...

De repente, unas manos grandes tiraron de ella para levantarla y sacarla del ascensor.

- ¿Puedes respirar, Daisy?

Apenas podía verlo entre las lágrimas, pero sentía su calor, su fuerza. Estaba escuchando su voz.

- No pasa nada, cariño, ya no estás en el ascensor. Estás fuera —murmuró, acariciándole la espalda, apretándola contra su torso, tan cálido - . Estás a salvo, Daisy .

Ella seguía llorando, no podía parar. ¿Pensaba que lloraba por miedo?

- No lloro por eso. Pensé que no vendrías.

Luego, sin poder soportarlo más, enterró la cara en su pecho y él la abrazó, con tal fuerza que apenas podía respirar.

- Me mentiste - murmuró luego.

- No te conté antes lo de tu hermano por dos razones. La primera, porque no quería hacerte daño; y la segunda, porque no quería que te fueras y pensé que lo harías en cuanto lo supieras. He sido un idiota, Daisy . Pensé que esto solo sería una aventura, pero es mucho más. Esto es para siempre y no pude convencerte de ello antes de que te fueras.

El calor de su cuerpo hacía que se derritiera.

- Sé que no crees en las relaciones o en el amor a primera vista, pero eso es lo que ha ocurrido entre nosotros. Pensé que estaba actuando como un tonto porque acababa de descubrir lo de Patricio y estar contigo era una manera de relajarme, pero la verdad es que no puedo controlar lo que siento por ti. No he podido desde el día que te vi, y cuanto más te conocía más te deseaba. Con puyas y todo.

- ¿A qué puyas te refieres?

- Me refiero a tus comentarios sarcásticos, a tu sistema de defensa, pero no va a funcionar. ¿Sabes por qué? Porque te quiero y estoy convencido de que tú también me quieres a mí.

- ¿Tú crees? - preguntó ella, con voz temblorosa.

- Estás aquí. Has vuelto a mí. Cuando estoy contigo soy más feliz que nunca - murmuró Alexander - . Tú iluminas mi mundo, es así de sencillo.

Daisy tuvo que hacer un esfuerzo para encontrar su voz.

- Dije que no te quería porque me daban miedo mis sentimientos por ti. Temía que tú no sintieras lo mismo y no quería ser una carga para ti. No quería que estuvieras conmigo por compasión.

- Daisy , te quiero y quiero cuidar de ti. Eso es lo que hace la gente que se ama. Los dos llevamos solos demasiado tiempo, ¿no crees? Dijiste que no creías en las relaciones, ¿pero por qué estabas buscando a tu hermano? ¿Qué esperabas encontrar más que una relación, alguien que te quisiera y a quien tú pudieses querer?

Los ojos de Daisy volvieron a llenarse de lágrimas.

- Quería decirle cuánto sentía mi madre lo que pasó. Le prometí que lo haría.

- Daisy ... - Alexander tomó su cara entre las manos - . Tal vez ya se hayan encontrado, ¿no? Tal vez ella misma haya podido decírselo.

- Eso espero. Pero tienes razón, también quería encontrarlo por mí misma. No sabía

qué esperaba, pero me sentía tan sola. Quería encontrar algo seguro, tener a alguien a mi lado.

- Yo soy lo más seguro que puedas encontrar - Alexander sonrió - . Amar a alguien, querer cuidar de alguien no es una debilidad. Para abrirle tu corazón a alguien hay que ser fuerte y tú eres la persona más fuerte que conozco.

- No es verdad. Tenías razón, he sido una cobarde, pero no quiero seguir siéndolo - Daisy dejó escapar un suspiro - . Quiero ir al cementerio para ver la tumba de Jack.

- ¿Sola?

Las lágrimas rodaban por su rostro, ahogándola. Daisy lloró todo lo que no había llorado en esos meses. Lloró su pena, su soledad, su amor. Lloró hasta quedarse sin lágrimas y él esperó, abrazándola, en silencio. Ninguno de los dos estaba ya solo.

Unos minutos después, él apartó el flequillo de la cara.

- No puedo creer que estuvieras esperándome en el ascensor.

- Quería demostrarte que soy capaz de enfrentarme a mis miedos.

- Cuando lleguemos a casa nos encerraremos en un armario y te demostraré lo bien que se puede pasar en un sitio cerrado y oscuro, ¿te parece?

Daisy rio, emocionada.

- Puede que necesite más de una sesión para curar esa fobia.

- Tal vez - asintió él - . Pero nos enfrentaremos juntos a los miedos. Tú eres decidida e independiente, pero ahora estamos en el mismo equipo. A partir de ahora, cariño, no estaremos solos.

Ella le pasó una mano por el torso, buscando algo irónico que decir para aliviar la emoción que la ahogaba.

- ¿Entonces no fueron mis pechos lo que llamó tu atención el primer día?

Alexander soltó una carcajada.

- Bueno, fue en lo primero que me fijé, pero también vi el resto. Eres preciosa. Me encantas.

- No me importa que te gusten mis pechos, a mí me gusta tu culo.

- ¿Ah, sí?

- Y tus hombros. Y tienes unas manos preciosas.

- ¿De verdad?

Daisy tomó su mano izquierda y la puso sobre su corazón. Y Alexander aprovechó para rozarle un pezón con el pulgar.

- Aquí no hay cámaras de seguridad, ¿verdad?

- No - murmuró él.

- ¿Y el guardia de seguridad ya ha hecho su ronda?

- Estará abajo, en el vestíbulo. Pero, por si acaso... - Alexander la llevó a su despacho y se apoyó en la puerta, mirándola a los ojos - . Por favor, Daisy .

- ¿Por favor qué?

- Quiéreme.

Su sonrisa era tan sincera, tan dulce, casi insoportable. Y lo creyó, por fin lo creyó.

- Oh, Alexander - abrumada, Daisy empezó a sollozar.

- Te quiero con toda mi alma - murmuró él, buscando sus labios.

Daisy le devolvió el beso con todo su corazón, sin guardarse nada. Se apretó contra él para hacerle entender lo que significaba para ella y le echó los brazos al cuello.

De alguna forma, consiguieron hacerlo sin romper el beso sagrado, tocándose donde querían tocarse, convirtiéndose en uno, sintiendo el éxtasis que solo podían sentir el uno con el otro.

- Te quiero - susurró, envolviendo las piernas en su cintura como aquel día en el ascensor.

Daisy gritó de placer y él dejó escapar un gemido ronco, aplastándola contra la puerta, jadeando, sudando.

- ¿Cómo es posible que cada día sea mejor? - preguntó unos segundos después.

Daisy sonrió, una sonrisa de absoluta felicidad, y Alexander le levantó la cara para mirarla a los ojos, apartando el rebelde flequillo una vez más.

- Por cierto, tengo algo para ti - dijo, tirando hacia arriba de sus pantalones para sacar algo del bolsillo - . Lo llevo aquí desde hace tiempo, esperando poder dártelo.

Era un solitario en forma de lágrima que brillaba con la más dulce de las promesas, pero lo que más le gustó fue la frase grabada en la banda de oro. Era inusual por lo ingenua. Tan bonita, tan dulce, «Alexander quiere a Daisy».

Los ojos volvieron a llenársele de lágrimas.

- Puede que se sienta solo siendo el único anillo en mi dedo - se atrevió a decir.

- Ah, no te preocupes por eso, ya tiene una bonita alianza por compañera. Y tengo una fecha para dártela.

- ¿Qué fecha?

- En un par de semanas.

- ¿Ya lo has organizado todo sin consultarme? ¿Otra vez?

- Me temo que sí - Alexander le tomó la mano - . Y no puedes estropear mis planes.

- Siempre tienes respuesta para todo, ¿no? - murmuró ella, viendo cómo le ponía el anillo en el dedo.

- Sí, pero ha sido un infierno esperarte, cariño.

- Lo siento.

Riendo, Alexander tiró de ella.

- No pasa nada. Tienes el resto de tu vida para compensarme.

- Sí - musitó Daisy , abrazándolo, sintiendo cómo la magia que había entre ellos curaba todas las heridas - . Es verdad, tenemos el resto de nuestras vidas.

Fin